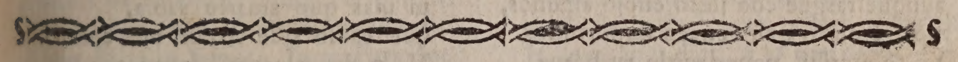
COMEDIA FAMOSA.

LA ESCLAVA DE SU GALAN.

DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Juan, Galan.	*Elena, Dama.*	*Pedro, Gorron.*	*Antonio, Criado.*
Leonardo, Galan.	*Serafina, Dama*	*Alberto.*	*Fabio, Criado.*
Ricardo, Galan.	*Finea, Esclava.*	*Florencio.*	*Criados.*
Don Fernando, Barba.	*Ines, Criada.*	*Un Notario.*	*Acompañamiento.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Don Juan de Estudiante, Galan, y Elena, Dama.

Elena. ESto se acabó, Don Juan.
Juan. No es ese lenguage tuyo,
y de ese término arguyo,
que mal consejo te dan.
Elena. Eso de argüir es bueno
para Escuelas. *Juan.* Novedad;
Elena, tu voluntad,
sin argumentos, condeno.
Elena. Supongo que la he tenido.
Juan. Qué mala suposicion!
Elena. Pues yo, Don Juan, qué leccion
ó facultad he leido?
Juan. Aguardo la conseqüencia.
Elena. Habla como para mí.
Juan. Qué puedo hablar para ti
con tan cansada licencia?
Elena. Quieres que la tome yo,
y te diga lo que siento?
Juan. Prosigue, que estoy atento.
Elena. Pues has de enojarte?
Juan. No. (diano,
Elen. Yo soy hija, D. Juan, de un hóbre In-
hidalgo Montañes, muy bien nacido:
dióme su luz el Cielo Mexicano,
que fué para nacer mi patrio nido;
mas la fortuna resistida en vano,
por sucesos, que ya los cubre olvido,
le traxo á España con alguna hacienda,
ó persuadido de su amada prenda.
Divídese Sevilla, como sabes,
por este ilustre y caudaloso rio,
senda de plata, por quien tantas naves
le reconocen feudo y señorío.
Tiene una puente de maderos graves,
sin pies que toquen á su centro frio,
mano, que las dos partes divididas
por una y otra parte tiene asidas.
Hizo eleccion mi padre de Triana,
Patria de algun Emperador Romano,
para vivir; la causa fué una hermana,
ó por no se meter á Ciudadano.
Finalmente pagó la deuda humana,
con su muger, el venerable anciano,
dexándome, ni rica ni tan pobre,
que el sustento me falte ni me sobre.
Aquí he vivido con tan gran recato,
que se puede escribir por maravilla,
pues que de Triana, verdad trato,

pasé dos veces solas á Sevilla.
Pienso que así mi condicion retrato,
pues habiendo de aquesta á aquella orilla
paso tan breve á dividir sus olas,
á Sevilla pasé dos veces solas.
Una, con gran razon, á ver la cara
del Sol de España, q̃ nos guarde el Cielo,
porque estando en Sevilla, se agraviara
si no la viera la lealtad y el zelo.
Otra, por ver la máquina ran rara
del Monumento, á la mayor del suelo;
de suerte, q̃ fuí á ver quanto se encierra
de Grandeza en el Cielo y en la Tierra.
Mas como siempre en los mayores dias
las desventuras suelen ser mayores,
tú, que tan libre como yo, vivias,
viste en mí la ocasion de tus errores.
Seguísteme á Triana, y las porfias
de tus paseos, escribiendo amores,
aunque rasgué con justo enojo algunos,
mostráron lo que vencen importunos.
Yo te escribí, para decirlo en breve,
y yo tambien te amé, porque entendia,
que el casamiento, que al honor se debe,
tu amor el pensamiento dirigia.
Con esto el necio mio, ya se atreve
á darte entrada como á prenda mia:
entras con libertad, y en este medio
hallo, que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
la Prebenda Eclesiástica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados
no se atienden á mas de que te ordenes.
Si tú pensaste, que sin ser casados,
porque á Triana de Sevilla vienes,
tengo yo de perder el honor mio,
mal consejo te dió tu desvarío.
Ayer lo supe, y ese mismo dia
vino mi tio de Xerez, que estimo
por padre, el qual dispensacion traia
para casarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud sabia,
á darle el sí con lágrimas me animo,
y hoy parte por su hijo, y por mi esposo,
porque dentro de un mes será forzoso.
Quál hombre noble hubiera entretenido
una muger de prendas con engaños,
habiendo de ordenarse, aunq̃ hoy han sido
claros de tu maldad los desengaños?
Pensaste tú burlar mi honor vencido?
pues si gastaras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras,
si Ulises fueras, si Narciso fueras.
Yo estoy, D. Juan, resuelta, y es mas justo,
como estado tan alto, que te ordenes,
porque es razon, y de tu padre gusto,
de renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunq̃ fué injusto,
que un pecho de traiciones ofendido,
volando pase desde amor á olvido.

Juan. Elena, á tantas verdades,
qué respuesta darte puedo,
porque todas las concedo
sin poner dificultades?
Mas por qué te persuades
que mi verdad te engañó?
pues quando te quise yo,
ni la Prebenda tenia,
ni mas que amarte sabia,
que es lo que Amor me enseñó.
Mi padre alcanzó despues
la renta, de que yo estaba
seguro, quando buscaba
mas bien ni mas interes,
que merecer esos pies.
Dios sabe si lo sentí,
y si parte no te dí,
fué porque no quise, Elena,
que partiéramos la pena,
que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor
encubriendo mi desdicha,
no empeñándote á mas dicha,
que algun honesto favor:
pero si por ser traidor
tomas venganza en casarte,
bien puedes desengañarte
de que Amor me ha permitido,
que me hubiese sucedido
con que poder obligarte.
Vés la renta, y vés tambien
de mi padre el justo enojo?
pues de todo me despojo,
aunque mil muertes me den.
Será entónces querer bien,
ó mentira, si me obligo
para cumplir lo que digo;
mira si es prueba de fe,

pues

pues todo lo dexaré,
y me casaré contigo.
Puede hacer mayor fineza
un hombre por lo que adora?
Creerás entónces, señora,
lo que estimo tu belleza?
dirás tú, que es mas riqueza
ser, Elena, mi muger;
y sabré yo responder,
que aun el propio ser pudiera,
sino siendo, ser pudiera,
que fuera tuyo sin ser.
Pues quien dexara por ti
el propio ser en que vive,
no hará mucho en que se prive
de lo que es fuera de sí:
yo voy á hablar desde aquí
á quien licencia nos dé.
Elena. Detente. *Juan.* Ya no podré.
Elena. Qué intentas? *Juan.* Tú lo verás.
Elena. Loco estás. *Juan.* No puedo mas.
Elena. Mira tu honor. *Juan.* Para qué?
Elena. Tanta renta no es error?
Juan. No has visto un niño, que viene
á dar un doblon que tiene,
porque le den una flor?
pues haz cuenta que mi amor,
que Amor en nada repara,
como el exemplo declara,
si lo que vé le contenta,
es niño, y dexa la renta
por el clavel de tu cara. *Vase.*
Elen. Aunq̃ es verdad, q̃ tanto bien deseo,
quiero tanto á D. Juan, q̃ me ha pesado
de que quiera él entrar precipitado
de esta locura por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
amando amada, sin tomar estado,
animado el temor, templa el cuidado,
y me parece que mi bien poseo.
Gran fineza de amor! pero cumplida,
tantas desdichas pueden ofrecerse,
que en dexar á D. Juan me va la vida:
mejor es apartarse que ofenderse,
que una muger que quiere, y es querida,
en qué puede parar sino en perderse?
Vase, y salen D. Fernando y Antonio.
Ant. Como si fuera mia me ha pesado.
Fern. Pues á mí no me da mucho cuidado:
hacienda tengo, gracias á los Cielos.
Ant. Que no puedan armadas ni desvelos
contra aquestos rebeldes Holandeses!
Fern. Les ayudan los Ingleses,
mas no siempre suceden sus fortunas
con tal prosperidad, que si hay algunas
en su favor, nuestro descuido ha sido.
Ant. El Duque muerto ya, quien es vencido,
basta ahora que á la memoria aplique.
Fern. Y en Puerto-Rico el Conde Enrique.
Ant. En Cádiz y el Brasil, qué os han tomado?
Fern. Diez mil pesos serian, y han quedado,
gracias á Dios, cien mil, y solamente
para Don Juan mi hijo. *Ant.* Nadie siente
bien de vuestra eleccion, siendo tan rico.
Fern. A la Iglesia le aplico,
y trato de ordenarle brevemente,
por causa que me obliga,
que no á todos es bien que se la diga.
Tiene de renta cinco mil ducados,
que vale la Prebenda, y mis cuidados
le llegarán á diez, á lo que creo.
Ant. El estado es tan alto, que su empleo
no puede ser mayor; pero quisiera,
que vuestra casa sucesion tuviera,
dilatada á los nietos. *Fern.* Este intento
nace de aborrecer el casamiento.
Ant. Por qué razon? no es cosa justa?
Fern. Y tanto,
que es Sacramento Santo;
pero pues sois mi amigo, estad atento,
que quiero, y es razon, satisfaceros.
Ant. Y yo escucharos, mas que responderos.
Fern. Pasé á las Indias, mozo, y con hacieda;
casé con una Dama, y aunque hermosa,
cansóme, Antonio, como propia prenda,
que en conquistar mi amor no fué dichosa;
llevando pues la edad suelta la rienda,
me enamoré de una criolla ayrosa,
y no muy linda, así en el mundo pasa,
por lo feo, dexar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabia,
aunque es necia disculpa de casados,
de suerte enloqueció mi fantasía,
que el depósito fué de mis cuidados:
tuve en ella á Don Juan, que no tenia
hijos de mi muger, con que elevados
quedáron mis sentidos: qué locura!
que quien todo lo acaba, no lo cura.

Ant. Admiracion me ha causado,
que bastardo sea Don Juan.
Fern. Qué pierde, rico y galan,
si el Rey le ha legitimado?
Ant. Y qué hace ahora? *Fern.* Pasando
está en mi huerta. *Ant.* Estudioso
mancebo. *Fern.* Es tan virtuoso,
que siempre le estoy rogando
dexe al estudio, y él porfia,
y ahora debe de ser,
porque presto ha de tener
un acto de Teología.
Caso extraño! maravilla
rara! que este mozo sea
tan honesto, que no vea
una muger en Sevilla,
habiendo tanta hermosura!
en esto no me parece.
Sale Leonardo.
Leon. Justo parabien merece,
y ha sido mucha cordura.
Estoy, señor Don Fernando,
enojado con razon:
cómo en tan grande ocasion
nos olvidais, despreciando
la amistad y vecindad?
Fern. De la plata que he perdido,
daros cuenta hubiera sido
pesadumbre, y no amistad.
Leon. De la plata no sé nada,
pésame si os alcanzó
parte; lo que digo yo
es cosa en razon fundada,
pues que casando á Don Juan,
lo haceis con tanto secreto.
Fern. Si es burla, para qué efeto?
Leon. Burla, si él y Pedro están
pidiendo, que por temor
vuestro, licencia le den
sin que se amoneste? *Fern.* Bien:
gracioso engaño! *Leon.* Y mayor
el no lo creer así;
pues al Juez han informado,
que le mataréis airado
si lo sabeis. *Fern.* Don Juan? *Leon.* Sí.
Fern. Vístelo? *Leon.* Si no lo viera
os lo viniera á decir?
Salen Don Juan y Pedro de Gorron.
Juan. En fin, mandó recibir
nuestra informacion? *Pedro.* Espera,
que está mi señor aquí,
no entienda lo que tratamos,
que en grande peligro estamos,
que si lo sabe, ay de ti.
Fern. Don Juan? *Juan.* Señor?
Fern. Yo pensé,
hijo, que pasando estabas
en la huerta. *Juan.* De ella vengo:
tanto deseo que salga
este Acto de Teología,
para tu honor y mi fama.
Fern. Bien dicen: bien se confirma
con el cuidado que andas
de casarte, pues que ya
secreta licencia sacas.
Pedro. Zape. *Juan.* Yo, señor, qué dices?
Pedro. Vivit Dominus, que estaba
quando intrabimus per portam
soplaverunt, en la sala.
Fern. Hijo, no recibas pena,
ni los colores te salgan
al rostro, que en dar estado,
mucho los padres se engañan
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas,
que cien mil ducados tengo;
tu padre soy: por qué causa
fias tu secreto á un mozo,
y de tu padre te guardas?
Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?
Juan. Señor::- *Fern.* No te turbes, dí.
Pedro Confiesa, señor, qué aguardas?
advierte que dice, que eres
oculorum de su cara.
Juan. Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba;
yo no soy para la Iglesia,
cásome con una Dama
virtuosa y bien nacida,
aunque pobre. *Fern.* Esas palabras
han salido de tu boca,
sin que yo te saque el alma
fuera? *Saca la espada.*
Leon. Estais en vuestro seso?
para vuestro hijo espada?
Juan. Señor Don Fernando. *Fern.* Fuera.
Pedro. Cogevitur en la trampa.
Leon.

Leon. Teneos. *Fern.* Qué he de tenerme?
vil bastardo, así se hallan
cinco mil ducados? fuera.
Pedro. Bastardos los padres llaman
lo que ellos hacen? que estotro,
como él le hiciera en su casa,
qué le costaba salir
mas por muger que por Dama?
Juan. Señor, pues quisiste bien,
quando sin disculpa andabas
con la madre que me diste,
por qué mis años infamas?
tengo yo culpa de ser
bastardo? *Pedro.* Veritas clara.
Fern. Ahora bien, por los presentes
con la infame vida escapas:
vete de Sevilla luego,
que la hacienda que pensaba
dexarte, al primer Convento
la dexaré por mi alma.
Ola, echadle esos vestidos
y libros por la ventana:
Idos, pícaro. *Pedro.* Señor,
yo no me caso. *Fern.* Si á casa
volveis, yo os haré colgar
de una reja. *Pedro.* Quare causa?
soy yo pierna de carnero?
Fern. Ea, los bastardos vayan
al Rollo de Ecija. *Pedro* Yo?
Mas que tambien nos levanta,
que nos hizo á los dos juntos?
Leon. Mirad, señor, que se para
gente á escuchar vuesrras voces.
Ant. Entraos, señor, que ya basta.
Entranse, y quedan D. Juan y Pedro.
Pedro. Buenos quedamos.
Juan. Qué quieres?
como eso los hombres pasan
por Amor. *Pedro* Si fuera Amor
persona, como es fantasma,
qué de veces me le hubiera
dado dos mil cuchilladas!
Al Rollo de Ecija á un hombre,
que mañana se ordenaba
de Vísperas? vivit Dominus,
que he de ir á Roma: esto pasa?
qué habemos de hacer? *Juan.* Morir.
Pedr. Las puertas cierran. *Juan.* Cerradas
debe de tener tambien
quien las cierra las entrañas.
Pedro. Qué cerca estás de llorar!
Juan. Pues de eso, Pedro, te espantas?
ayer un coche y criados,
casa, hacienda, padre y galas,
y hoy cerradas estas puertas?
Pedro. Presto se abrirán si llamas,
con decir que te arrepientes,
y que te ordenen mañana.
Juan. Aunque mil muertes me den,
de proseguir no dexara
el casamiento de Elena.
Pedro. Desde la Elena Troyana
ha quedado por herencia
quemar Troyas, perder casas:
mas quiero darte un consejo.
Juan. Cómo? *Pedro.* Dexa la sotana,
y viste galas y plumas,
finge que te vas á Italia,
y entra á pedirle la mano,
que es padre, y hará en el alma
cosquillas de ausencia. *Juan.* He visto
gran crueldad en sus palabras.
Pedro. No creas en esas furias,
pídele la mano, y saca
por fuerza una lagrimilla,
que se la moje al tomarla,
que tú le verás mas tierno
que una cocida patata.
Juan. Y si no puedo llorar?
Pedro. Lleva la balona untada
de la mano con cebolla,
y haz que te limpias, que basta
para que llores seis dias.
Juan. O Elena! ó bien empleada
pena! ayude tu hermosura
el ánimo que desmaya,
ver lo que pierdo por ti.
Pedro. Ya arrojan por las ventanas
tus vestidos.
Arrojan los vestidos, libros y otras cosas.
Juan. Bravo enojo.
Pedro. Anda la mar alterada,
y aligeran el navío:
voy á buscar mi sotana.
Juan. Ay Dios! si se han de perder
de Doña Elena las cartas,
y una cinta de cabellos!
Pedro. Qué joyas? *Juan.* Joyas del alma.

Pedro. Cierto que hay almas buhoneras,
pues andan siempre cargadas
de cintas y de papeles.
Juan. Ay mi Elena! *Pedro* Ay mi sotana!
Juan. Ay papeles! *Pedro.* Ay gregüescos!
Juan Ay mis cintas! *Pedro.* Ay mi cama!
Juan. Quien supiere qué es amor
apruebe mis esperanzas,
y no diga que estoy loco,
pues quedo con sola el alma. *Vanse.*

Salen Serafina y Finea con mantos, y Ricardo.

Seraf. No me habeis de acompañar.
Ric. La vida, señora mia,
podeis, no la cortesía,
aborreciendo, quitar.
Seraf. No son las calles lugar
para tratar casamientos.
Ric. Si se han de dar á los vientos
por vuestro injusto rigor,
desde dónde irán mejor
á sus propios elementos?
Seraf. Déxame pasar. *Ric.* Teneos,
y no recibais enojos,
que por vida de esos ojos,
de no hablar en mis deseos.
Seraf. Pues en qué? *Ric.* Vuestros empleos
eran materia sin mí.
Seraf. Y qué me diréis así?
Ric. Que estais muy mal empleada.
Seraf. Y estuviera mejorada
en vos? *Ric.* Presumo que sí:
no porque haya en Don Juan
muy grandes merecimientos,
vuestros altos pensamientos
mirad vos qué fin tendrán
con quien mañana se ordena:
pues qué loco amor condena
á una muger principal,
á que se quede tan mal,
que se quede con su pena?
Toda la accion se comprehende
del fin falso ó verdadero;
todo discreto, primero
mira el fin de lo que emprende:
quien lo que espera no entiende,
disculpa tiene del daño,
porque espera con engaño
donde el fin oculto está;
mas qué disculpa tendrá
quien ama con desengaño?
Seraf. Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vuestro cuidado,
me decis mi propio empleo,
satisfaceros deseo.
Don Juan se crió conmigo,
fué su padre gran amigo
del mio, y lo es de Leonardo
mi hermano. *Ric.* Mas causa aguardo
Seraf. Qué mayor de la que digo?
Creció el amor con la edad;
porque quién imaginara,
que tan presto comenzara
su oficio la voluntad?
Al principio fué amistad
simple de honesta ignorancia;
pero la perseverancia
juntó las cosas distantes,
y desde amigos á amantes
no hay un paso de distancia.
Queriame bien Don Juan,
pagábale yo tambien;
pero en medio de este bien,
que bienes presto se van,
ó fué, como era galan,
admitido de otra Dama,
cuyas perfecciones ama,
ó yo le desagradé,
que aunque él lo niega, lo sé,
que me aborrece y desama.
Hágalo seguir de dia
y de noche: caso extraño!
que no teme el desengaño
quien tanto hallarle porfía,
ni en casa de amiga mia
largas visitas dilata,
ni con sus amigos trata,
ni le han visto hablar ni ver
en calle ó campo á muger,
y con tibiezas me mata!
Muerta entre tantos desvelos,
sin saber qué puede ser,
soy la primera muger,
que tiene zelos sin zelos:
asegura mis rezelos
con regalarme, y jurar
en oyéndome quejar;

pe-

pero en materias penosas,
no hay cosas mas sospechosas,
que el jurar y el regalar.
Aquí viene la eleccion
de su padre, y aquí viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razon.
Bien sé que mi pretension
ningun fin puede tener;
pero quién ha de poder,
amando, dexar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar á aborrecer?
Esta, pues habeis querido
saberla, fué la ocasion;
pude amar por la razon,
Ricardo, que habeis oido;
pero no dar al olvido
tantos años de amistad,
que hay mucha dificultad
en mudar el pensamiento,
quando está el entendimiento
sujeto á la voluntad.
Ric. Habeisme favorecido,
que un discreto desengaño
nunca hizo tanto daño
como un engaño fingido.
Yo voy muy agradecido
al bien que aqueste me ofrece;
mirad qué premio merece
quien le tiene por favor,
y si agradeciera amor,
quien desengaño agradece.
Con esto palabra os doy,
no de no amaros, pues veo
exemplo en vuestro deseo,
y desengañado estoy;
mas no hablaros desde hoy
en mi fina voluntad,
ni estorbar vuestra amistad:
quered á Don Juan, que es justo,
porque no es amar con gusto
donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
qué mayor que ver que amais,
donde el amor que empleais,
ni fin ni remedio espera?
Rogaré al tiempo que quiera
templar esta ardiente llama,
no obligando á quien os ama
los méritos que teneis,
aunque licencia me deis
para querer otra Dama. *Vase.*
Seraf. Cortes Caballero! *Fin.* Tanto,
que lástima le he tenido:
fuerte desengaño ha sido.
Seraf. Toma, Finea, este manto,
que no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.
Fin. Notable cosa es querer.
Seraf. Mas notable es olvidar.
Sale Leonardo.
Leon. Serafina? *Seraf.* Hermano mio,
de dónde? *Leon.* Vengo admirado
de dos cosas, con razon,
de casa de Don Fernando:
la primera, que se casa
D. Juan. *Seraf.* Qué D. Juan, hermano?
Leon. Don Juan su hijo. *Seraf.* Es posible?
Leon. Debaxo de hábitos largos
suele haber muy poco juicio.
Qué bien su padre ha empleado
lo que le cuesta el ponerle
en un estado tan alto!
Loquillo ignorante, en fin,
un mozuelo enamorado,
que arroja hacienda y honor,
y estudio de tantos años,
por lo que mañana creo,
y aun hoy, estará olvidado,
si lo tuviese esta noche,
como en el alma los brazos.
La segunda que me admira,
no es el ver al padre airado,
porque es grande la ocasion:
pero el ver que llegue á tanto,
que despues de haber querido
matarle desesperado,
ha echado con grande nota
por las ventanas abaxo
toda su ropa y vestidos,
sus libros, y quanto halláron
ser del pobre Caballero.
Parece que te ha pesado.
Seraf. Pues á quién no ha de pesar,
y con mas razon que á entrambos,
que nos criamos con él?
Leon. Entra, que quiero que vamos

á hablarle esta tarde juntos,
si vive, porque ha quedado
de cólera casi muerto. *Vase.*

Seraf. Hasta ahora fué mi daño
un imposible de amor,
ya es mayor, pues es agravio;
porque quién podrá sufrir
los zelos desengañado?
que el amar un imposible
no ha menester desengaños. *Vanse.*

Salen Don Juan y Pedro de Soldados con bandas y plumas.

Juan. Ya vengo como tú quieres.

Pedro. Y como el tiempo lo manda;
esto de plumas y banda
es hechizo de mugeres:
mucho se ha de holgar Elena.

Juan. Mi padre quisiera yo.
Ay mi casa! quién te vió
de tantas riquezas llena
solamente para mí,
y ahora te veo cerrada!

Pedro. Qué la cólera pasada
toda ha de ser para ti?

Juan. No me des á conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
que mató, mal informado,
su desdichada muger.

Pedro. Mal informado? *Juan.* Pues no?

Pedro. Bien haya, amen, pues lo eres,
quien sabe honrar las mugeres.

Juan. Nací de las piedras yo?

Pedro. O sabrosos animales!
no es hombre el que os tiene en poco.

Juan. Yo á lo ménos estoy loco.

Pedro. No todas nacen iguales;
pero como no sean bruxas
de estas que andan á chupar,
que es menester preguntar
si son de pierna ú de agujas.
Y consuélate, Don Juan,
de quanto puedes perder,
que mas perdió por muger
no habiendo mas de un Adan.
Qué virtuosas! qué santas
disculpan aquella culpa!
por Dios, que tiene disculpa
quien se pierde donde hay tantas.

Juan. Ea, acaba de llamar.

Pedro. A mí echaránme, señor,
yo tomaria que olor,
aunque no fuese de azar;
pero temo algun cascote.

Juan. Pues para qué me he vestido?

Pedro. El cuento viejo ha venido
aquí á pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y despues de un largo rato
de disputas y opiniones,
dixeron, que acertarian
en ponerle un cascabel,
que andando el gato con él,
guardarse mejor podian.
Salió un raton barbicano,
colilargo, ojiquerromo,
y encrespando el grueso lomo,
dixo al Senado Romano,
despues de hablar culto un rato:
Quién de todos ha de ser
el que se atreva á poner
ese cascabel al gato?

Juan. Ya entiendo, que haber venido
ha sido, Pedro, invencion,
y el llamar la execucion.

Pedro. No tienes apercibido
el llanto para la mano
quando te la dé á besar?

Juan. Por eso no ha de quedar,
si mi padre es hombre humano.

Pedro. Di que su esclavo serás.

Juan. Póngame un clavo ó argolla.

Pedro. Sino tiene harta cebolla
la balona, pondré mas.

Juan. Ha de casa: qué ocasion
hoy en la calle perdimos!

Pedro. Muy emplumados venimos
para pródigo y lechon.
Tú, ni en vestido ni cara
tu papel puedes hacer,
que yo bien puedo tener
plaza en qualquiera piara.

Sale Don Fernando.

Fern. Quién es? *Juan.* Un hombre, señor,
que ya no merece nombre
de tu hijo, pues es hombre
que no mereció tu amor.
Voy á Flandes á morir

entre fieros enemigos,
pues que no supe entre amigos
á tu obediencia vivir;
y aun oxalá que en Triana
me matara una pistola.
Fern. No es tu desvergüenza sola
la que hiciste con sotana:
con plumas puedes volar,
porque ya quedas de suerte,
que solo pueden valerte
por la tierra ó por la mar.
Vete, y en tu vida creas,
que me has de volver á ver.
Juan. O qué presto has de saber
la muerte que me deseas!
Pero siquiera, señor,
porque me has criado, mira
que no es nobleza la ira,
y el perdonar es valor:
solo te pido la mano,
merezca tu bendicion.
Fern. Donde no se da perdon,
es la bendicion en vano.
Juan. Pues es posible, señor,
que me dexeis ir así?
Fern. Y tú, parécete á ti,
que me has dexado mejor?
Juan. No era yo para el estado,
que tú me querias dar.
Fern. Ni yo para transformar
un Sacerdote en Soldado:
que si de ti no me vengo,
es porque aunque no lo fuiste,
basta que serlo quisiste
para el respeto que tengo,
Clérigo te imaginé,
y de haberlo imaginado
ya tienes algo sagrado,
con que luego te dexé.
Vete, y no pares aquí,
ni sena tus desvaríos.
Juan. Ojos, no pareceis mios,
pues no me vengais de mi.
Pedro. Dale cebolla, que ya
parece que se enternece.
Fern. Qué poco el llanto merece
con quien ofendido está!
Juan. En fin me dexas así?
Fern. Esto es hecho. *Juan.* Qué rigor!
Pedro. Dale cebolla, señor.
Fern. Vete, pródigo. *Pedro.* Y á mí
no me oirás por su cochino,
hablando con reverencia?
Fern. Mas que incitas mi paciencia
para hacer un desatino?
Juan. Muy de otra suerte aquel Padre
de Familias recibió
su hijo. *Fern.* Y lo hiciera yo;
mas no es posible que quadre
aquí la comparacion,
que aquel vino arrepentido.
Pedro. Sí, mas no le has parecido
en la debida porcion.
Fern. Tenia parte en su hacienda,
y esa no tiene Don Juan.
Pedro Señor::- *Fern.* Vaya el ganapan.
Pedro Dale cebolla. *Fern.* No entienda
que ha de ver mas esta casa. *Vase.*
Juan Fuése? *Pedro.* Nada aprovechó,
mas señas le he visto yo,
y todo en efecto pasa:
otros hijos se han casado.
Juan. Sí, pero la bendicion
del padre, aunque haya perdon,
es desgracia haber faltado.
Ello ha de ser con su gusto,
porque así lo manda Dios.
Pedro. Pues volvámonos los dos,
que yo sé tambien que es justo.
Juan. Y Elena? *Pedro.* En Triana está
labrando una verde manga
para el venturoso dia,
que casados jugueis cañas.
Juan. Camina, Pedro, á la puente,
y pasemos á Triana,
que grandes resoluciones
no quieren grandes tardanzas.
Pedro. En fin te casas?
Juan. Qué quieres?
tengo la palabra dada.
Pedro. Otros tienen dadas obras,
y no cumplen las palabras.
Juan. Qué villano estuvo! ay Cielos!
Pedro. Antes no, pues que le dabas
cebolla, y nunca la quiso.
Juan. Camina, Pedro, á Triana. *Vanse.*
Salen Elena é Ines.
Elena. Las sombras de mi temor

ya no dexan alegrarme
con quanto dices que viste.

Ines. Propia condicion de amantes:
quitaste el crédito al bien,
con que dexas de gozarle
miéntras le admites dudoso.

Elena. Que viste, Ines, esta tarde,
para tanta dicha mia,
á Don Juan mudado el trage!

Ines. Digo que le ví con plumas;
mira si puede mudarse
en mas diferente forma
quien era ayer Estudiante.

Elena. Ay Dios! si ya mi fortuna
se mostrase favorable
á mis deseos; mas temo,
que al mejor tiempo me falte;
porque como no son justos,
no dexan asegurarme
en esperanzas que duren,
sino en penas que me maten.
Quién ha de pedir al Cielo,
que dexe para casarse
un hombre tan alto estado,
tanta renta, honor tan grande!
O amor, que solo reparas
en tu gusto! por qué haces
cosas injustas? dirás,
que fué disculpa bastante
el haber nacido ciego.

Salen Don Juan y Pedro.

Ines. Llamáron? *Juan* Entra y no llames.

Pedro Tomas ya la posesion?

Juan. Vengo, mi señora, á darte
satisfaccion de la fe
con que supiste obligarme.
Veisme aquí, si por ventura
asegurar deseaste
la esperanza de ser tuyo,
para que ya no se alaben
quantos hicieron finezas,
que fuéron con esta iguales.
Qué importa, que desde Avido,
Leonardo el estrecho pase?
que mal se iguala al enojo
de un noble y airado padre.
Sacando yo la licencia,
Elena, para casarme,
probando que no tendria
efecto con publicarse,
no faltó quien se lo dixo,
aquí no es justo cansarte.
Con pintar Tigres, Leones,
y otras fieras semejantes,
sacó la espada, no pudo
por los presentes matarme.
Y porque llevaba yo
dos Angeles que me guarden,
cerró las puertas en fin,
y mandó que me arrojasen
por las ventanas mi ropa.
Yo pretendiendo probarle,
tomé el trage en que me vés,
y para partirme á Flandes,
le pedí la bendicion;
mas fué tan inexôrable,
que no la pude alcanzar;
mas déxame que le alabe
de una cosa, que en sus iras
me ha parecido notable.
No me ha echado maldicion,
como muchos padres hacen
neciamente, porque á muchos
quiere Dios que les alcancen.
Esto me ha dado consuelo,
y esperanza de gozarte
en paz, dulce prenda mia,
que algun dia harémos paces.
Es justo acuerdo, y es fuerza
por algun tiempo ausentarme
de Sevilla, y dar lugar
á que este suceso pase,
porque el mayor dura un mes,
al fin del qual, á casarme
volveré á Sevilla alegre;
tú en tanto mira que pagues
esta fe, este amor: no puedo
pasar, mi bien, adelante.

Pedro. Andamos con la cebolla
tan tiernos, que en todas partes
lloramos sin ocasion.

Elena. Pensé Don Juan, alegrarme
con verte, y estoy mas triste
habiéndote visto, que ántes
todo el discurso fué alegre,
hasta llegar á ausentarte.
Porque dónde habrá paciencia,
que para tu ausencia baste,

sien-

siendo perderte de vista,
no presumiendo que engañes
una muger que te adora?
porque para no casarte,
no era menester dexar
la riqueza de tu padre,
la dignidad de tu oficio,
dando lugar á que hable
toda la Ciudad de ti;
pero si es fuerza dexarme,
dime donde vas, mi bien.
Juan. El amor, Elena, es grande,
que mi padre me ha tenido;
y aunque este puede templarse
con el agravio, es muy cierto,
que mi ausencia ha de obligarle
á notable sentimiento,
con que piadoso me llame.
Iré á la Corte, y de allí
escribiré por instantes
al mayor amigo suyo,
para que el perdon me alcance.
Vuelvo á afirmar la palabra
de ser tuyo; y porque es tarde
para pasar atrevido
con las postas por tu calle,
solo te pido::- *Elena.* Detente,
mi señor, que es agraviarme
pedirme fe ni memoria;
porque primero que falte
á tantas obligaciones,
se verán las altas naves
de este rio en las Estrellas,
ó que las Estrellas baxen
á ser de sus aguas peces,
y rompidos los cristales
del Cielo, caerán sus Polos
dividido el Sol en partes.
Qué muger debió en el mundo
amar tanto, aunque llegase
á perder por ti mil vidas?
Pedro. En fin, Ines, hoy se parten
Soldados, los que ayer fuéron
pacíficos Estudiantes:
así va el mundo. *Ines.* O qué mano,
picaron! pensarás darte
en aquel Madrid con plumas?
Pedro. Con plumas? qué disparate!
mal conoces sopalandas
Gorrones; echaré yo lances
famosos, que donde quiera,
se cuelan los de este trage.
A dos veces de ver plumas,
lo que no pasa se sabe;
échanse mucho de ver:
mas ya mi amo se parte;
has de tener fe en ausencia?
Ines. Antes, Pedro, que me falte,
estará el Sol donde suele;
porque quién podrá quitarle
de donde le puso Dios?
Pedro. Estas sí que son verdades.
Juan. Mi bien, yo me voy, á Dios,
que partirme aprisa, nace
de que este tiempo que pierdo,
para la vuelta se alarge. *Vase.*
Elena. El Cielo vaya contigo:
Pedro, mira que regales
á Don Juan. *Pedro.* Sin ti, señora,
no habrá regalo que baste:
qué mandas para Madrid?
Elena. Que le acuerdes, si me olvidare,
á Don Juan::- *Pedro.* No me lo digas,
ni tanta firmeza agravies.
Elena. Abrázame, Pedro. *Pedro.* Tente,
que harás que Don Juan me abrase,
para quitarme el abrazo.
Elena. Zelosa quedo y cobarde.
Pedro. De qué? *Elena.* De ver que se pone
el Sol, que en mis ojos sale,
que un Madrid, y aquellos años,
qué lealtad quieres que guarden?

JORNADA SEGUNDA.

Salen Leonardo, Pedro y Don Juan.
Leon. Antes fuera maravilla
venir con ménos cuidado.
Juan. Enojos de un padre airado
me sacáron de Sevilla,
y vuélvenme los deseos
de la ocasion á saber,
qué fin puedo prometer
á mis dudosos empleos:
Para que vos, á quien tiene
respeto por amistad,
rompais la dificultad,

que á mis desdichas previene.
Leon Yo no se cómo ha de ser,
Don Juan, que podais volver
eternamente á su agrado;
porque despues que á la Corte
os fuisteis, se ha procurado;
pero con su pecho airado,
no hay medio humano que importe:
ántes hablándole, jura
que un Esclavo ha de buscar,
á quien le piensa dexar
su hacienda. *Juan.* Extraña locura!
hágame su Esclavo á mí.
Pedro. No sino á mí, que podrá
con mas propiedad. *Juan.* Qué está
tan airado? *Leon.* Ayer le ví
con tal determinacion:
mas cómo os fué, me decid,
en Madrid. *Juan.* Llegué á Madrid,
Leonardo, en buena ocasion,
para entretener los ojos,
que el alma no era posible,
miéntras airado y terrible
executa sus enojos.
Pedro. Tu padre, señor. *Juan.* Ay triste!
Leonardo, á Dios, no me vea.
Vanse los dos, salen D. Fernando y Fabio.
Fern. No te espantes que no crea
lo que dices: tú lo viste?
Fab. Digo, señor, que le ví.
Fern. Basta; Leonardo, que Fabio
dice, que para mi agravio,
está aquel villano aquí.
Leon. Aquí está, que le han traido
pobreza y enfermedad;
no cerreis á la piedad,
como el Aspid, el oido,
que ya toca en vuestro honor
favorecer á Don Juan.
Fern. Gentil favor le darán
su maldad y mi valor:
id con Dios, porque en llegando
á hablarme por él, me pierdo.
Leon. Vos, como prudente y cuerdo
veréis, señor Don Fernando,
lo que en esto habeis de hacer:
yo entre tanto, y perdonad,
cumpliré con mi amistad
en no dexarle perder.
A mi casa le he traido,
donde le pienso curar.
Fern. Haréisme un grande pesar,
y que no lo hagais os pido,
que estais muy cerca de mí,
y mudaréme, por Dios.
Fab. La vecindad de los dos,
qué ofensa te hace á ti?
Fern. No podrá ser que le vea
alguna vez? *Fab.* Ya, señor,
es ese mucho rigor.
Sale Alberto de Soldado.
Alb. No habrá en el mundo quien crea
esta determinacion:
mas es fuerza aventurarme.
Fern. Mira quien viene á buscarme.
Fab. Soldados pienso que son.
Alb. Soy, señor, un Capitan
de un Navio. *Fern.* Mas que viene
á decir, que me conviene
favorecer á Don Juan?
Alb. Habiendo sabido, que
andais buscando un Esclavo
de tantas partes, que pueda
la tristeza consolaros
de un hijo que habeis perdido,
ó que ha dado en ser Soldado;
os traigo una Esclava, y creo
(no siendo fuerza obligaros
á ser Esclavo) que tiene
prendas, que no las ha dado
el Cielo á muger ninguna.
Fern. Amor siempre ha sido engaño
Esclavo buscaba yo,
pero tampoco reparo,
siendo ella tal, en que sea
Esclava. *Alb.* Es tal, que no hallo
á qué poder compararla,
sino es al precio, que es tanto,
que dice bien su valor.
Fern. Es negra? *Alb.* Por ningun caso
tratara yo en esa hacienda.
Fern. Mulata? *Alb.* Tampoco.
Fern. Aguardo
qué sea. *Alb.* Es India Oriental,
á quien los Moros han dado
su Secta en aquellas tierras,
que ahora van conquistando
valerosos Portugueses.

En Málaga la trocáron
á perlas, y un Capitan
la traxo á España del Cabo
de Buena-Esperanza, y yo
la compré, siendo Soldado
del Castillo de Lisboa:
entra, Bárbara.

Sale Elena con una señal de Esclava.

Fern. Es retrato
de aquella Reyna de Pérsia.
Elena. Dadme, señor, vuestras manos.
Fern. Hija, no esteis en la tierra;
la fortuna os hizo agravio:
notable muger! *Fab.* Famosa!
Fern. Adoptaban sus Esclavos
los Romanos como á hijos,
sus apellidos dexando,
y su casa en ellos; yo
pensaba hacer otro tanto,
por cierto enojo que tengo;
pero puesto que me agrado
de la Esclava, haré lo mismo:
es el precio? *Alb.* Mil ducados.
Fern. Bien dixisteis, que en el precio
se veria, y se vé claro
su valor. *Alb.* No os espanteis,
que donde son mas baratos,
me los han dado por ella:
tiene entendimiento raro.
Por comenzar por el alma,
el cuerpo estaisle mirando,
no tengo que encarecerle,
los ojos son desengaño.
Por virtuosa os la vendo,
que á haber sido lo contrario,
no era preciso para ella
el tesoro Veneciano.
Canta, bayla, cuenta, escribe,
y es con notable regalo
admirable conservera:
esto podeis ver de espacio,
si quereis que aquí la dexe.
Fern. Cómo te llamas? *Elena.* Me llamo
Bárbara, y no por Gentil;
porque este nombre Christiano,
en la Nave que venia,
con el Bautismo Sagrado
me dió mi primero dueño,
temeroso de los rayos
de una tempestad, que tuvo
la Nave en peligro tanto,
que haber librado las vidas
fué del Bautismo milagro.
Sin esto, junto á los Zafres
dimos en unos peñascos,
que sirviéron de rodelas
á las flechas de sus arcos.
Como echó su hacienda al Mar
aquel Mercader Indiano,
guardóme para la tierra,
donde le fué necesario
remediarse con venderme.
Fern. Cómo, Bárbara, ese clavo
os puso en la barba? *Elena.* Fué
presumir amenazando,
rendir mi pecho á su gusto,
y como sé que le traigo
en defensa de mi honor,
lunar de mi honor le llamo:
que como ponen blasones
los que empresas acabáron,
puso por armas mi honor
hierro negro en campo blanco.
Fern. Qué bien dicho! yo lo creo:
ahora bien, quando me agrado
de una cosa, pocas veces
en el dinero reparo:
decidme, señora, en quánto
os compró este Capitan?
Elena. Señor, miéntras es mi amo,
no puedo contradecirle;
despues que me hayais comprado,
os lo diré como á dueño.
Fern. Qué discrecion! *Alb.* Si llegamos,
quando os agrade, el concierto
sean quinientos ducados,
que me costó quatrocientos.
Fern. Esos os daré yo. *Alb.* Subamos
á contarlos todo en plata.
Fern. En oro podeis contarlo,
porque es dar oro por oro.
Alb. Ya es vuestro suceso extraño.
Fern. Bárbara, no á ser mi esclava
quedais, que con vos aguardo
cobrar el amor de un hijo
inobediente é ingrato. *Vase Alb.*
Elena. Pues, señor, haré yo cuenta,
que por él traigo este clavo,

que sirviendo en su lugar,
esclava seré de entrambos. *Vase Fern.*
Esta amorosa pasion,
con que se me abrasa el pecho,
pues hierros dorados son,
por una fineza ha hecho
esclavo mi corazon.
Con darle á Don Juan, no huyo
de confesarle por suyo,
mas puede decir despues,
que de dos dueños lo es:
esclavo soy ; pero cuyo?
Aunque si dudando están,
cuyo ha de ser preguntando,
mi fe y lealtad les dirán,
que no soy de Don Fernando,
sino esclava de Don Juan.
Verdad es, que él me compró,
y que el amor me vendió;
pero quando en mí reparen,
si cuya soy preguntaren,
eso no lo diré yo:
porque de concierto están
la fe y el amor en mí,
que si tormento me dan,
solo he de decir que fuí
la Esclava de su Galan.
Que mi corazon quebró
lo que Don Juan le obligó,
le dixo el alma, prometo
de guardar siempre secreto,
que cuyo soy me mandó.
Soy de tan leal corazon,
que sabiendo que ha perdido
por mí hacienda y opinion,
secretamente he querido
pagarle tanta aficion;
por qué, como restituyo
la deuda, el amor arguyo?
mas cómo se encubrirá?
porque nadie me verá
que no diga, que soy suyo.
Sale Fab. Haciendo está la escritura:
entra, Bárbara, que quiere
verte el Escribano. *Elena.* Hoy muere
mi libertad, y asegura
la eterna fama que adquiere.
Informarme he menester
de algo, si en casa me quedo,
de la familia, y saber,
porque errar términos puedo,
con quien los debo tener:
hay señora? *Fab.* No hay señora.
Elena. Hijos? *Fab.* Uno.
Elena. Edad? *Fab.* Mancebo.
Elena. Qué estado? *Fab.* El estado nuevo,
porque cierta pecadora
le ha puesto en los ojos cebo;
cerca del Clérigo estaba,
y quiere casarse. *Elena.* El nombre?
Fab. Don Juan. *Elena.* Yo lo imaginaba;
es galan? *Fab.* Es gentil-hombre.
Elena. Peligro corre la Esclava.
Fab. No corre, que no está en casa.
Elena. Cómo? *Fab.* Su padre le echó
no mas de porque se casa.
Elena. Por eso? *Fab.* Es poco?
Elena. Pues no?
como eso en el mundo pasa:
quién hay mas? *Fab.* La Cocinera,
y un ama que le crió.
Elena. Es muy vieja? *Fab.* Es hechicera.
Elen. Vos quién sois? *Fab.* Aquí entro yo:
soy señor de la cochera.
Elena. Sois hombre muy importante.
Fab. Y otras veces voy mejor.
Elena. Cómo? *Fab.* Con plaza de Infante
soy víspera de señor,
porque voy siempre delante:
desde que os ví, con deseo
estoy, por vida de entrambos,
de ministrar himeneo.
Elena. Mírasme con ojos zaynos.
Fab. Es señal de que agradezco.
Elena. Entrad, y tened la mano, *Dale.*
porque os daré. *Fab.* Ya es despues.
Elena. Yo no aviso mas temprano.
Fab. Así me trataba Ines.
Elena. Pues tened respeto, hermano,
porque yo respondo así.
Fab. Yo me despido de ti.
Elena. Buenas mis locuras van,
yo me vendo por Don Juan:
Amor, qué quieres de mí! *Vanse.*
Salen Pedro, Serafina y Don Juan.
Seraf. Pensarás que te agradezco,
que á mi casa hayas venido:
sin necesidad ha sido.

Juan.

Juan. Eso y mucho mas merezco.
Seraf. Tú casarte, y no conmigo?
Juan. Quando venir presumí,
bien imaginé, que en ti
tuviere un grande enemigo;
mas para desengañarte
no hallé camino mejor.
Seraf. Responde mi necio amor,
que ninguna cosa es parte.
Pues tú me engañas á mí,
y quieres á otra muger
tanto, que te obliga á ser
lo que estoy mirando en ti.
Pedro, aunque tú me has vendido
tambien como tu señor,
qué me dices de un traidor,
que hasta el honor ha perdido?
Pero qué podrás decirme?
Pedro. Amayna, señora, amayna,
vuelve la espada á la vayna,
no mates hombre tan firme,
que siendo tú la muger
con quien se quiere casar,
cómo te puedes quejar?
Seraf. Yo soy? *Ped.* Pues quién ha de ser?
Hate dicho á ti tu hermano
quién es la muger ú hombre,
que sepa si quiera el nombre?
Seraf. Luego yo me quejo en vano?
Pedro. Pues no está claro, que ha sido
la jornada y la invencion
solo para esta ocasion?
Seraf. Amor la culpa ha tenido
del enojo que ha causado;
mi desconfianza fué
la causa, que no pensé
en verle tan descuidado,
que era por mí la fineza.
Don Juan, mi desconfianza
no dió por tanta mudanza
créditos á la firmeza:
perdonad el recibiros
con tan injusto desden.
Juan. Cuéstame el quereros bien,
no deseos y suspiros,
como suele suceder,
sino hacienda, honor y vida.
Seraf. Vos veéis que agradecida
soy, si soy vuestra muger.
Juan. Pues por quién pudiera yo
hacer fineza tan rara?
Seraf. De mis dichas lo dudara,
de mis pensamientos no.
Mi hermano pienso que viene,
no puedo ahora decir
lo que habré de remitir
al alma, que dentro os tiene
en ella, y el corazon,
como en secreto lugar.
Los dos podrémos hablar
de esta peregrinacion,
con que me habeis obligado:
vuestra eternamente soy. *Vase.*
Juan. Necio, qué has hecho? ya estoy
metido en mayor cuidado,
con decir á Serafina,
que es ella con quien me caso.
Pedro. Si esta muger es el paso
por donde tu amor camina
al fin de su pretension,
no fué engañarla locura:
que pudiera, por ventura,
hacer en esta ocasion,
que su hermano, por quien ya
corren estas amistades,
pusiera dificultades
en lo que tratando está,
ni se pudiera vivir
aquí con esta enemiga.
Juan. Y si hablándola me obliga
á lo que no he de cumplir,
parécete que son cosas,
que poco despues fatigan?
Pedro. Pues á qué escritura obligan
dos palabras amorosas?
Juan. Bien dices, que desde aquí
habemos de negociar;
mas quándo piensa llegar
esta noche para mí?
muero por ir á Triana,
muero por ver á mi Elena.
Pedro. Basta un mes de injusta pena,
dexemos para mañana
ir á T-iana, señor,
porque si esta noche vas,
á Serafina darás
sospecha de ageno amor.
Juan. Eso dices? si pensara

no verla, estando en Sevilla,
tuviera por maravilla,
que la vida me durara
hasta que el Alva saliera.
Ay noche! ven, porque el Sol,
dexando el Polo Español,
cubra la Antártica Esfera.
Dexa, Sol, que el negro manto
pueda tu rosto eclipsar,
que aunque temieras el mar,
no te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
que en ver la noche me niega:
con mis lágrimas navega,
que soy todo un mar de amor.
Vete, que no he menester
celages de tu mañana,
que está mi Aurora en Triana,
y ella me ha de amanecer.
Vamos, Pedro. *Pedro.* Tente un poco.

Juan. No es de noche? *Ped.* En tu sentido:
tanta es la luz que ha perdido
quien está de amores loco.

Juan. Pues di, no tengo razon?
no es hermosa y virtuosa?

Pedro. Virtud, sobre ser hermosa,
es la mayor perfeccion;
y así, será justo empleo,
pero con mucho de juicio.

Juan. Pues es para su servicio,
ayude Dios mi deseo. *Vanse.*

Salen Don Fernando y Elena.

Fern. Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
eres lo mismo que soy.

Elena. Quanto ha sido contra mí
hasta ahora la fortuna
la perdono justamente,
sino es que de nuevo intente
de este bien mudanza alguna;
pues piadosa me ha traido
á servir á un Caballero,
de quien mi remedio espero.

Fern Bárbara mi dicha ha sido;
y pues que lo siento así,
se vé en lo que te he fiado;
todas las llaves te he dado,
rige y gobierna por mí
criados, casa y hacienda:
tanto de tu entendimiento,
y virtud estoy contento:
y porque tu pecho entienda,
que es lo ménos que te fio,
oyeme atenta, y sabrás,
lo que á mí me importa mas,
todo el pensamiento mio.
Yo tengo un hijo::- *Elena.* Ya s
todo el suceso, señor,
que me lo dixo Leonor
el dia que en casa entré.

Fern. Este pues inobediente,
estando para ordenarse,
dió en que habia de casarse,
y ausentóse cuerdamente,
que pienso que le matara.
Despues á Sevilla vino,
y en casa está de un vecino,
que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
que me ha dado este rapaz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie sabe de mí
lo que he fiado de ti.

Elena. Dios sabe que lo merezco.

Fern. Quiero, porque me han contado
que vive enfermo y perdido,
que tú, como que has querido,
viéndome con él airado,
cuidar de su enfermedad,
que como á propio señor
le veas, y de mi amor
substituyas la piedad.
Y pues que las llaves tienes,
muy discreta en regalarle
te ocupa, sin declararle
que por mí, Bárbara, vienes,
sino por tu obligacion;
que sé que en viendo á Don Jua
tan entendido y galan,
dirás que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla
(no lo digo como padre)
mas gallardo: fué su madre
en México maravilla,
y muy principal muger;
que á ser legítimo amor,

mas tiene de su valor,
que de mí puede tener.
Lo primero, has de llevar
(esto sin nombrarme á mí)
unas camisas, que aquí
quedáron por acabar.
Y toma en esta bolsilla
cincuenta escudos, que está
pobre, y no los hallará
sobre prendas en Sevilla.
Pienso que estás entendida.

Elena. Y cómo? señor, muy bien,
y de camino tambien,
con el alma agradecida,
la confianza que haceis
de esta humilde Esclava vuestra:
en lo demas, bien se muestra,
que piadoso procedeis
como padre, imitacion
del verdadero consuelo.

Fern. Si tú con discreto zelo,
pues se ofrecerá ocasion,
le pudieses persuadir,
que dexase de casarse,
y que volviese á ordenarse,
no le dexes de advertir
lo que ganará conmigo.

Elena. Señor, cómo podré yo,
sabiendo que no bastó
tu enojo ni tu castigo?
pero en fin, yo te prometo
de hablarle en esto, y muy bien.

Fern. Haz, Bárbara, que te den
las camisas en secreto,
que ya acabadas están;
y si en este amor reparas,
yo sé que me disculparas
si hubieras visto á Don Juan;
y quiero que se te acuerde,
mirándonos á los dos,
que siente Dios, con ser Dios,
un hijo que se le pierde.

Elena. Ha de ir alguno conmigo?

Fern. Fabio, que te enseñará
la casa, que cerca está. *Vase.*

Elena. Alabo, ensalzo y bendigo
la piedad que usais conmigo.
Cielo, en aquesta ocasion
parece que el corazon
me miraba Don Fernando,
y que de él fué trasladando
mi propia imaginacion.
Que podré ver á Don Juan
despues de tan larga ausencia!
que dineros y licencia
de regalarle me dan!
Parece que ya se van
declarando en mi favor
los Cielos, pues el rigor
piadoso, de un padre airado,
da cuidado á mi cuidado,
y añade amor á mi amor.
Ahora os satisfaréis,
ojos, que sin luz estais,
que á ver vuestra gloria vais,
de lo que llorado habeis:
Hoy vuestro dueño vereis,
y siempre licencia os dan:
tercero para Don Juan
es hoy quien mas me aborrece,
pues me dice y encarece
que es gentil-hombre y galan.
Con la gracia que me hablaba,
con las que Don Juan tenia,
como que yo no sabia,
que me cuestan ser su Esclava:
Lo mismo que deseaba
me ofrecia liberal;
porque con suceso igual
sea mi exemplo testigo
de que suele un enemigo
hacer bien por hacer mal. *Vase.*

Salen Florencio y Ricardo.

Flor. No siempre puede amor lo q̃ imagina.

Ric. Juré, Florencio, no ver á Serafina,
despues de ver tan claro desengaño,
y aunque pensé que fuera por mi daño,
un milagro de amor ha sucedido,
que fué con otro amor, quedar vencido.

Flor. Si tiene alguna cura
la locura de amor, es la hermosura
de otra muger; y así dixo un Poeta,
aunque es pasion que tanto nos sujeta,
para vencer amor, querer vencerle.

Ric. No pienso yo ponerle
remedio tan violento;
pero andando con este pensamiento,
ví una muger adonde puso el Cielo

 dos

dos estrellas de fuego en puro hielo,
un talle tan gallardo, honesto y grave,
un mirar tan suave,
un andar tan gracioso,
y en cada parte un todo tan hermoso,
que vivo sin sentido:
mas todo lo que veis, ya fué el olvido
de aquel pasado amor, pues ya me abrasa
y me enciende una Esclava de esta casa.

Flor. Esclava? *Ric.* Sí.

Flor. Qué baxo pensamiento!

Ric. Sin verla, no culpeis mi entendimiento.

Flor. Es Africana? *Ric.* Es India, y justaméte,
que siendo Sol viniese del Oriente.

Flor. Mal gusto, y en que el vuestro desatina
dexar el Serafin de Serafina,
por una Esclava Bárbara. *Ric.* Su nombre,
Florencio, es ese; y porque no os asombre
mi pensamiento justo,
mirad su talle y alabaréis mi gusto.

Salen Doña Elena y Fabio con un azafate.

Fab. Está es la casa. *Elen.* Qué tan cerca era?

Fab. Quisieras tú que á la alameda fuera?
la devocion de San Troton te obliga.

Elen. Nunca salgo de casa. *Fab.* Pues, amiga,
si señor te hace ama, ten paciencia,
demas, que las ventanas en ausencia
de la calle, no son poco remedio.

Elena. Nunca por ese medio
remedio yo la soledad que paso.

Fab. Ventana no? *Elen.* Soy yo boton acaso
que tengo de estar siempre á la ventana?

Ric. Qué os parece la Indiana?

Flor. Que traxo quantas perlas y oro Arabia
en la tierra y en la Mar el Sol las cria.

Elena. Entra, Fabio, y dirás á lo que vengo.

Vase Fabio.

Ric. Luego disculpa de quererla tengo?

Flor. El Lacayo se ha entrado
en casa de Serafina.

Ric. Traerán de D. Fernando algun recado;
pues Bárbara divina::-

Elena. Vuesa merced suplico se detenga,
ántesq el hombre con quien vengo, venga.

Ric. Por qué pagas tan mal lo que te quiero?

Elena Qué obligacion me corre, Caballero?

Ric. Amor no obliga?

Elena. Obliga con servicios,
y amorosos oficios,
no con palabras y ánimos donce
que aun en tiempo de Adán le dabā pie

Ric. Quieres tú gālas? quieres tú dinero

Elena No puedo yo deciros lo que qui

Ric. Quieres que te rescate?

Elena. Ni por el pensamiento de eso tra
todo mi gusto en esta casa tengo,
Esclava de mí misma á verme vengo

Ric. Ya te he entendido, quieres á Leonar

Elena. No es Don Juan mas gallardo

Ric. Pues quieres á Don Juan?

Elena. Como á mi dueño,
que en lo demas ya sé que fuera su
pues quiere una muger, con quien se

Ric. Pues, Bárbara, si sabes lo que
quiéreme á mí, que en Indio me tran
pues Idolo te formas
de marfil y de oro,
y siendo tú mi Sol, Indio te ad
Ea, dame una mano, porque en
te ponga este diamante,
q̄ aunque es muy bella, quedará mas l

Elena. Quedito, y salvo el guante
que soy un poco arisca,
y con las nueve efes de Franci
fe, fineza, firmeza y fortalez
soy toda junta un monte de asper
y le quiero añadir el ser famo

Ric. Pues déxame tocar con solo un
el clavo de tu rostro. *Elen.* Lindo en
soy cuenta de perdones?
por sus ojos, que mude de estad

Ric. Yo he de comprarte á Don Fern

Elena. Creo,
q̄ aunque busqueis para tan necio
mas piedras, oro y perlas, que un
pueda pintar un dia,
no os venderá una chinela mi
el hombre sale, á Dios.

Flor. Muger discreta,
pero taymada. *Ric.* Vamos, que yo
mi remedio en engaño ó en dinero.

Sale Fabio. Don Juan sale á recib
y las camisas dí á Pedro.

Elena. Pues vete, así Dios te gua
que tengo cierto secreto,
que me dixo mi señor,
que dixese á Don Juan. *Fab.*
dentro de un hora por ti.

El

Elena. Vuelve, poco mas ó ménos.
Fab. Quién son aquellos lindones,
que te hablaban? *Elena.* Caballeros,
que cansados de faysanes,
ya entiendes, Fabio. *Fab.* Ya entiendo.
Elena. Zelitos? soy yo muy propia
para oir lacayunos zelos?
Fab. Por el agua de la mar,
que he de darles, si los veo
otra vez, una mojada,
que llaman acá los diestros
la de Domingo Gayona.
Elena. Son estos los aposentos
de Don Juan?
Fab. Sí. *Elena.* Vete. *Fab.* A Dios.
Vase, y salen Don Juan y Pedro.
Juan. Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdicha;
hoy á mis hábitos vuelvo.
Pedro. No debió de poder mas,
que por ventura la hicieron
fuerza, su tio y su primo.
Juan. Qué fuerza, si fué el concierto,
que á casarme volveria?
Pedro. Como no lo hiciste luego,
entró la desconfianza,
que no hay cosa que mas presto
rinda y mude una muger.
Juan. En lo que su engaño veo,
es en negar sus criados,
y decir, que no supieron
quien la llevó ó donde fué.
Pedro. Hablemos, señor, primero
de esta Esclava de tu padre,
que dicen que es su gobierno,
y no mudemos de ropa,
que fuera, sin grande acuerdo,
vender risa á la Ciudad.
Juan. Buen talle! *Pedro.* Y gentil aseo!
Juan. No he visto Esclava en mi vida
de mejor traza. *Pedro.* El Invierno
tenga yo tales frazadas,
y los Veranitos frescos
estas colchas de la China.
Elena. Temblando me está en el pecho
el corazon: señor mio,
hoy á vuestros pies presento
una Esclava. *Juan.* No prosigas:
Jesus! Jesus! qué es aquesto?
alza el rostro, no le baxes:
qué es esto, Pedro?
Elena. Bien puedo,
si las lágrimas me dexan.
Pedro Señor, vive Dios, que creo,
que habemos los dos bebido.
Juan. Ay Pedro! lágrimas bebo
de un Angel; pero bien dices,
que aquesto es locura ó sueño:
háblame, señora mia,
háblame, y dime si tengo
mi fantasía en tu sombra
fuera de mi entendimiento?
Pedro. Señora, dime quién eres?
han hecho algun embeleco
estas Moras de Sevilla?
eres tú? quién eres? presto,
que estoy por huir de ti.
Elena. Yo soy D. Juan; yo soy, Pedro;
pues quien, sino yo, pudiera
arrojar al mar soberbio
de tu padre, honor y vida?
que de una amiga sabiendo,
que dar queria á un Esclavo
su hacienda, este pensamiento
se me puso en la memoria,
y executólo el deseo.
Tuve tal felicidad,
que ya de tu padre tengo
hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
y me dixo, que sabia
que habias venido enfermo,
y que venias á curarte,
siendo yo Cierva, que vengo
llena de flechas de amor
al agua de mi deseo.
Este dinero me ha dado,
tan declarado y tan tierno,
que á los ojos se asomaban
las lágrimas por momentos,
como á ventanas doncellas,
que andan cerrando y abriendo.
Díxome, que yo te diese,
en lugar del casamiento,
consejos, que no te doy,
que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara,
porque están los verdaderos

en el alma, señor mio,
donde no los borre el tiempo.
Hierro es este de mi cara,
porque el del alma es acierto,
que solamente por mí
se dixo: acertar por yerro.
Hierro parece, y es flecha,
que del arco de sus zelos
Amor me tira á la boca,
porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
porque sepan muchos necios
(que fundan en intereses
todos los amores nuestros)
que hubo una muger que fué
por solo agradecimiento,
Esclava de su Galan
por el nombre y por los hechos.
Juan. Dulce Esclava de mi vida,
de mi libertad señora,
hierro que mi alma adora,
señal por mi bien fingida:
Hoy ha de quedar corrida
la Griega y Romana Historia;
pues en vuestro honor y gloria,
que para siempre ensalzais,
con esta hazaña dexais
en olvido su memoria.
Templado habeis mis enojos,
porque ese clavo rezelo,
que es como signo del Cielo
para el sol de vuestros ojos:
Templad tambien mis antojos,
porque está el alma tan loca,
que á imaginar me provoca,
que es la señal que en vos veo,
porque no yerre el deseo
el camino de la boca.
Que os habiais ido pensé,
luego que os busqué en Triana,
allí me hallé de mañana;
qué triste noche pasé!
Es posible que os hallé!
yo solo el errado fuí;
pero siendo el hierro aquí
de vuestra cara fingido,
en siendo vuestro marido
me lo pasaréis á mí.
Que como suele en la Imprenta
pasar la letra al papel,
vendré yo á quedar con él,
y vos de ese hierro esenta,
mirando está el alma atenta
como le podrá pasar,
donde en inmortal lugar
le pueda tener por vos;
pero presto querrá Dios,
que lo podamos trocar. *Sale Serafina.*
Pedro. Señor, Serafina. *Elena.* Quién?
Seraf. A ver vengo vuestra Esclava.
Juan. Esclava, aquesta señora
es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre. *Elena.* Qué gallarda!
qué gentil! qué bien dispuesta
señora! *Seraf.* Qué bella Esclava!
Elena. No codicieis en el mundo
otra cosa ni otra Esclava,
si aquesta Dama teneis.
Seraf. Pues, amiga, cómo os llaman?
Elena. Bárbara, señora mia.
Seraf. Pues, Bárbara, no soy Dama,
sino muger de Don Juan.
Elena. Qué sois vos con quien se casa?
Seraf. A lo ménos lo he de ser.
Elena. Eso solo me faltaba *ap.*
para dar el parabien
á cierta loca esperanza.
Seraf. Quién hizo aquellas camisas?
Elena. Esas mugeres las labran,
que sirven á mi señor.
Seraf. Mejor estarán guardadas,
para quando quiera Dios.
Juan. Vete con Dios, que te tardas,
Bárbara. *Elena.* Sí, mejor es,
pues aquí ya no hago falta,
y en mi casa podrá ser. *Sale Finea.*
Finea. Aquí, señora, te aguarda
una visita. *Seraf.* Quién es?
Finea. Tu grande amiga Lisarda.
Seraf. Perdonad, señor Don Juan;
luego volveré *Vanse. Juan.* No salgas
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aquí á tu casa.
Elena. Tú me detienes en tiempo,
que está rebentando el alma
por dar voces; si deseas
que declare quanto pasa,

bien

bien harás en detenerme.
Juan. Detenla, Pedro. *Pedro.* No vayas
enojada, hermosa Elena,
hasta que sepas la causa
por qué dixo Serafina
aquellas necias palabras.
Elena. Enojada yo, por qué?
Ah perro, quién te sacara
el alma! *Pedro.* Tente, señora,
tente, por Dios, que me matas.
Juan. Si engañar esta muger
ha sido ofensa, que agravia
la verdad de nuestro amor,
dexa á Pedro, y tu venganza
executa en mí, que soy
desdichado en tu desgracia.
Elena. En vuesa merced, por qué?
Si dexasteis la sotana
por esta Dama, que puede
serlo de un Grande en España:
quién hizo aquellas camisas?
mejor estarán guardadas
para quando quiera Dios:
qué bien! qué buena Christiana!
Dios la cumpla sus deseos:
ay de aquella desdichada,
vendida por un traidor!
Juan. Sino escuchas, nadie basta
á poder satisfacerte.
Elena. Que pusiese yo en mi cara
esta cédula, este hierro,
que publicase mi infamia,
para que todos le lean!
Pedro. Señora, por qué te acabas,
y quitas la vida á un hombre,
que solo de verte airada
no sabe tomar consejo?
Elena. Hasta ahora no fuí Esclava,
Doña Elena fuí hasta ahora,
ya soy la Elena Troyana:
incendio soy de mí misma,
mi propio fuego me abrasa;
quien me ha robado el honor
es quien me vende á mi Patria.
Traidor Páris de Sevilla,
firme Elena de Triana;
pero un Don Juan hoy me vende,
y el Esclavo que maltratan,
huye del dueño; perdone
Don Fernando, que á Triana
me vuelvo, y de allí á Xerez,
porque Esclava por Esclava,
quiero serlo de mi primo. *Vase.*
Juan. Oye. *Pedro.* Espera.
Juan. Tente. *Pedro.* Aguarda.
Juan. Ve presto tras ella. *Pedro.* Voy.
Juan. Hoy acabó mi esperanza.

JORNADA TERCERA.

Salen Florencio y Ricardo.
Flor. Esos eran los enejos,
recibirle y regalarle?
Ric. Es padre, no hay que culparle,
que los hijos y los ojos
tienen poca diferencia:
ántes bien la inspiracion
de aquella pronunciacion,
suspiros son de su ausencia.
En efecto está Don Juan,
despues de tanta porfia,
con la paz que ántes tenia
con hábito de galan.
Flor. Imagino pensaréis,
que ama á Bárbara, y tendréis
de esta sospecha testigos;
pues aunque sois tan amigos,
no le veis salir de casa
sin ver, que venganza es,
que los vecinos, despues
que supieron que se casa,
le ven andar al reves.
Ric. Si amor y zelos tuviera,
qualquier injusto rigor
fuera, como mal de amor,
y como amor le sufriera,
zelos con una baxeza,
que el valor de amor infama.
Flor. Donde hay tan hermosa Dama,
con tanta gracia y belleza,
una Esclava os trae perdido?
Ric. Amor no tiene eleccion.
Salen Don Fernando y Fabio.
Fern. Alguna causa y razon
esta mudanza ha tenido:
Bárbara no tiene ya
la alegría que solía;

muy

muy contenta me servia,
triste por extremo está.

Fab. Como Don Juan mi señor
ha venido, y has mostrado
en regalarle cuidado,
y á Bárbara poco amor,
estará con sentimiento.

Fern. Una Esclava ha de querer
ser como hijo, y tener
el mismo merecimiento?

Fab. Culpa al principio tuviste,
como á hija la trataste,
y como el amor mudaste,
no te espantes que ande triste;
sino es que aquel gentil-hombre,
que nunca dexa esta puerta,
algo con ella concierta.

Fern. Con bien diferente nombre
me la vendió el Capitan.

Fab. Pues sino es esto, señor,
serán zelos del amor,
que le muestras á Don Juan.

Fern. Es aquel el Caballero
que dices? *Fab.* El mismo es.

Ric. Con lo que veréis despues,
remediar mi pena espero,
que sin alguna invencion,
es imposible mover
el pecho de una muger.

Flor. Siempre mas faciles son
con sus iguales, mas fuera
mejor comprarla. *Ric.* Ese intento
fuera loco pensamiento;
por un millon no la diera:
pienso que repara en mí.

Flor. Vamos, que os está mirando.

Vanse Florencio y Ricardo.

Fern. Pues si la Esclava inquietando
anda, Fabio, por aquí,
sabré yo darle á entender,
qué respeto ha de guardar
á mi casa. *Fab.* Codiciar
la gracia de esta muger,
no te espante, que es hermosa,
y su limpieza y aseo
solicitan el deseo
de la juventud ociosa.
Todos se prometerán
facilidad en baxeza,
y no sé que haya aspereza.

Fern. Mucho se tarda Don Juan.

Fab. La caza, señor, divierte.

Fern. Desde que hoy amaneció
está en el campo, aunque yo
lo tengo por buena suerte;
pues con eso entretenido,
pienso que se le ha olvidado
el casamiento tratado.

Fab. Todo lo ha puesto en olvido.

Sale Don Juan vestido de campo.

Juan. Mira, Fabio, ese caballo,
que Pedro se queda atrás:
O mi señor! aquí estás?
gracias á Dios, que te hallo
con la salud que deseo.

Fern. Seas, Don Juan, bien venido:
cómo en el campo te ha ido?
que ha un siglo que no te veo.

Juan. Vuelvo á besarte la mano
por tal favor; pero quiero
contarte:::- *Fern.* Eso no, primero
descansa. *Juan.* Escucha.

Fern. Es en vano;
tiempo queda en que podrás:
ola. *Sale Elena.*

Elena. Señor. *Fern.* Llega allí,
descalza á Don Juan. *Juan.* A mí?

Fern. Pues es mas que los demás?
siéntate. *Juan.* Pedro, señor,
vendrá ya. *Fern.* Qué novedad
es aquesta? *Juan.* Ea pues, llegad.

Fern. Ven luego á comer. *Vase.*

Juan. Qué error
de mi buena dicha ha sido
el no haberte conocido!
Angel, la mano tened.

Elena. Deme el pie vuesa merced.

Juan. Miro si mi padre es ido,
para darte mil abrazos.

Elena. Deme el pie, vuelvo á decir.

Juan. Ya no es tiempo de reñir,
sino de darme los brazos.

Elena. Antes los haré pedazos.

Juan. Pues volveréme á enojar,
que no te pensaba hablar,
por los zelos que me has dado,
que bien sabes que has hablado
con quien me los puede dar:

de

de verte me enternecí,
y te he perdonado ya.
Elena. Tarde pienso que hallará
vuesa merced para mí
satisfaccion ; aunque aquí,
como cera se regale
al Sol , puesto que se vale
de la invencion que propone;
porque no hay que me perdone,
y del propósito sale;
que Ricardo me hable á mí,
quando por la puerta pasa,
qué importa , si él en su casa
habla á Serafina asi ?
Juan. Es fuerza. *Elena.* Es amor.
Juan. Yo ? *Elena.* El , si,
que hablarme un hombre saliendo
á algun recado , ó volviendo
á casa , no está en mi mano;
mas vuesa merced en vano
se disculpa , conociendo
el pesar que me hace á mí.
Juan. Con tantas vuesas mercedes,
mira que matarme puedes,
dueño de mi alma , así,
que desde que te la dí
aborrecí quanto amaba.
Elena. Dueño yo , siendo su Esclava
de vuesa merced ? *Juan.* Ya es eso
traicion , malicia y exceso,
amor no , condicion brava.
Ya estoy rendido , qué quieres ?
por Dios , que de tú me nombres;
qué tiernos somos los hombres!
qué fuertes sois las mugeres!
Elena. Tú dices que tierno eres?
siempre habemos de buscar ?
Juan. Siempre habemos de rogar ?
Quién no se dexa morir,
para no llegar á oir
tu término de matar!
Ay , si en el campo me vieras
de pechos sobre una fuente,
aumentando su corriente
con lágrimas verdaderas!
Elena. Por Serafina ? *Juan.* Ay locura
tan grande ! que si procura
su olvido matarme así,
yo quiero imitar de ti
la misma descompostura.
Señor , esta es Doña Elena,
con quien pretendí casarme;
ven á matarme. *Elena.* A matarme
vendrá primero tu pena.
Juan. Déxame. *Elena.* La lengua enfrena,
loco de mis ojos. *Juan.* Qué?
Elena. De mis ojos dixe ? erré.
Juan. Ya lo dixiste , ya eres
mi dueño. *Elena.* Sí , pues quieres
que yo te quiera sin fe.

Sale Pedro de caza.

Pedro. Gracias al Cielo , que os veo
en paz. *Juan.* Cómo te has tardado?
Pedro. El páxaro lo ha causado,
que es algun demonio creo.
Que haya quien cace en el mundo!
que vaya siguiendo , en fin,
un hombre con un rocin,
que le despeñe al profundo,
aves que andan por el viento !
Solo hallo disculpados
los naypes , porque sentados
es dulce entretenimiento.
Quién puede en trucos sufrir
dos torneadores crueles,
y una mesa sin manteles,
con dos varas de medir,
que parecen las casitas
de corral de vencidad,
con mucha curiosidad
tirándose las bolitas ?
Cuerpo de tal con la flema;
pues otros que juegan solos
toda una tarde á los bolos,
quebrantándose por tema,
de que salen derrengados
por enderezar la bola,
y otros , que con ella sola
tiran por sendas y prados.
Con los mallos ó los mazos,
si es exercicio y no vicio;
la esgrima es lindo exercicio,
para hacer fuertes los brazos:
que no exercitar la espada,
es causa que en la ocasion
falte el aliento ; estas son
para juventud honrada,
Las cazas y paxarotes,

allá

allá son para los Reyes,
que tienen libros y leyes,
porque con dos matalotes,
y un neblí tuerto de un ojo,
quién diablos sale á cazar?
Juan. Vete, Pedro, á descansar,
que vienes con mucho enojo;
y vos, mi bien, ya quedais
en paz conmigo. *Elena.* Primero
quiero que jures::- *Juan.* Yo quiero;
juro que vos me matais.
Elena. De no ver al Serafin,
que piensa que has de ser suyo.
Juan. Eso juro, y de ser tuyo.
Elena. Y el Serafin? *Juan.* Serafin
en mi vida le veré,
sino á ti, que lo eres mia.
Pedro. Qué glosa hacerse podia!
Elena. Cómo? *Pedro.* Escucha.
Elena. Dí. *Pedro.* Diré.
Es el ti diminutivo
del tú, y es hijo del mí,
porque se regala así
con el acento mas vivo,
que el tú es baxo, y el tiple es mí;
tú manda, tú desafia,
tú es trompeta, tú es cochero,
ti es clarin, ti es chirimía,
y por eso al tú no quiero,
sino á ti, que lo eres mia.
Juan. Tal te dé Dios la salud.
Elena. Tu padre llama, y no entienda
que hablamos.
Juan. A Dios, mi prenda.
Elena. A Dios.
Juan. Qué dulce inquietud! *Vanse los dos*
Elena. Qué poco sabe sufrir
una locura de amor!
pero quién tendrá valor
para dexarse morir?
O no se habia de oir,
ó no no amar, que no hay porfia
de zelosa fantasía,
que estándose defendiendo,
dure sin rendirse, oyendo:
sino á ti, que lo eres mia.
Zelos, si estais satisfechos,
qué quereis? dexadme aquí;
y pues que ya me rendí,
ya debeis de estar deshechos:
Si mas daños, que provechos,
resultan de mi porfia,
crueldad matarme seria;
no tires flechas al ayre,
que dixo con gran donayre:
sino á ti, que lo eres mia.
Sale Finea. Bárbara, es tiempo de verte?
Elena. Qué quieres, Finea amiga?
despues que el señor Don Juan
vive en casa, no hay quien viva,
porque con la ocupacion
de balonas y camisas,
ni yo sé quando es de noche,
ni ménos quando es de dia.
Finea. Qué trabajos! *Elena.* Cómo está
tu señora Serafina?
Finea. Dala al diablo, que se ha hecho
un Tigre, una Sierpe Libia;
mejor fuera ya llamarla
Demonia, que Serafina;
que como está enamorada,
no hay quien la sufra ni sirva:
todo es mirarse al espejo,
todo es joyas y sortijas,
endemoniarse ó enmoñarse;
ya se toca, ya se enriza:
todo es mirar si la ve,
y todo ver si la mira,
todo acechar por las rejas,
que están ya las celosías
cansadas de darla calle.
Elena. Hácele muchas visitas
mi amo? *Finea.* Siempre está allá.
Elena. Siempre?
Finea. Es lindo rompe sillas;
al cinco de oros parecen
los dos, que siempre se miran,
él, ensillado, y mi ama,
como potro de Sevilla,
ensillada y enfrenada.
Elena. Quiérense mucho? *Finea.* Suspiran
como borricos en prado.
Elena. Casaránse? *Finea.* Eso porfian.
Elena. A qué venias? *Finea.* A darle
este papel de mentiras:
y á fe, que tiene un secreto.
Elena. Qué secreto, por tu vida?
Elena. Bárbara, no lo preguntes,
no

no es posible que lo diga.
Elena. Esa es la amistad? *Finea.* Perdona.
Elena. Y si jurase? *Finea.* Aun podria
ser que lo dixese. *Elena.* Yo
soy tu verdadera amiga;
dame el papel, que Don Juan
vino de caza, que el dia
le halló en el campo, y descansa;
que el secreto, pues porfias,
yo no lo quiero saber.
Finea. Sino juraste. *Elena.* Si obliga
el juramento, yo juro,
que nunca vuelva á las Indias,
que es lo que yo mas deseo
desde que vine de Lima,
si revelare el secreto.
Finea. Pues sabe, que una vecina::-
óyenos alguien? *Elena.* No hay nadie.
Finea. Que es una sábia Felicia,
ha perfumado el papel
con veinte borracherías,
para que Don Juan se case;
dásele, y no se lo digas,
así Dios nos libre á entrambas.
Elena. Del secreto que me fias,
haré escritorio en el alma.
Finea. Pues á Dios, que voy de prisa
á ver aquel pagecillo,
que me viste el otro dia
hablar junto á cal de Francos. *Vase.*
Elena. Qué poco duran las dichas!
tornasol parece el bien,
que á qualquier parte la vista,
conforme la luz que toma,
halla la calor distinta.
Ay Dios! por qué persevero
en tal vida, en tal porfia?
por qué aguardo desengaños,
donde tantos me la quitan?
Quando en mejor ocasion
á Triana me volvia,
por qué me tuviste, Amor,
con lágrimas y mentiras?
Qué muger fuí tan mudable!
pues no ha una hora que decia
Don Juan, con alma traidora,
que era yo su alma y su vida.
Oxalá fuera yo, que el mismo dia
yo me matara, si lo fuera mia.

Salen Don Juan y Pedro.

Juan. No es posible sosegar.
Pedro. No es mucho, teniendo amor;
mas el desden y el favor
suélense siempre hermanar:
y todo, en fin, es perder
el seso por disparates.
Juan. Elena mia? *Elena.* No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez como hasta aquí.
Yo no digo que me iré,
sino que aquí me estaré,
á ver lo que haces de mí.
Yo quiero aguardar á ver
tu casamiento, y te ruego,
porque importa á mi sosiego,
que hoy sea, si puede ser,
ó por lo ménos mañana;
que con dexarte casado,
iré, Don Juan, sin cuidado,
y muy contenta, á Triana.
Allí mi primo y mi tio,
sino han venido, vendrán:
poco me debes, Don Juan,
pues solo pasar el rio
por esa puente me debes
con este hierro fingido,
por quien vendida he sufrido
penas y trabajos breves;
que no fuí á Lima por ti,
ni por bastos Orizontes,
pasé mares, subí montes,
ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies:
qué hay perdido? *Juan.* Qué es aquesto,
Pedro amigo? *Pedro.* Es agua en cesto,
humo, espuma y viento es:
es un puñado de arena,
es quando el Austro se mueve,
Cielo que hace Sol y llueve,
y es Luna menguante y llena:
desde lo de la costilla,
no tienen segura espalda;
quál eres para Giralda
de la Torre de Sevilla!
Juan. Ay tan extraña mudanza!
aun no aguardaras un hora
para mudarte, señora?
Elena. Ay de mí, loca esperanza!

Juan. Mi bien, yo salí de aquí,
y de tus brazos tambien;
quién te ha mudado, mi bien,
en quanto de aquí salí?
Elena. Ménos mi bien, que no estoy
para ser su bien, y advierta,
que es esta verdad tan cierta,
que el testigo no le doy
en este papel tan tierno, *Dáselo.*
como de aquel su cuidado;
porque viene perfumado
con pastillas del Infierno.
Aquí le traxo la Esclava
del Serafin que visita;
pues está la retroescrita,
para qué me lo negaba?
Porque se ha de enamorar
con él, no le ha de leer,
ni yo para no lo ser
de quien quisiera matar
con las manos y los dientes.
Juan. Elena, si ahora vengo
del campo, qué culpa tengo
de esos locos accidentes?
tener zelos con razon
no es mucho; pero sin ella,
quien lo quisiere, atropella
con tal determinacion.
Elena. Dice este señor muy bien,
y Pedro dirá, que es justo
que no se le dé disgusto,
y yo lo diré tambien.
No es verdad, Pedro? *Pedro.* Señora,
no apruebo esa mansedumbre,
que callar con pesadumbre,
arguye intencion traidora.
Qué importa, que Serafina
haya escrito ese papel?
Elena. Ser moreno y moscatel,
es un Flamenco en la China:
pero por qué es necesario
que la historia se declare?
lo que de aquí resultare
sabrá para otro ordinario.
Y solo por culpa mia
le digo á mas no poder,
que mal haya la muger,
que de palabras se fia.
Pedro. Espera un poco.
Elena. No hay poco,
sino mucha rabia y pena. *Vase.*
Juan. Yo pienso, Pedro, que Elena
pretende volverme loco.
Pedro. No te espantes, si á sus manos
llegó este negro papel,
ya no blanco, pues lo es él
de zelos tan inhumanos:
declárate, que es morir
andar templando el humor
de este jumento de amor.
Salen Ricardo y Florencio.
Ric. Esto le vengo á decir.
Flor. Quedo, que está aquí Don Juan.
Ric. A vuestro padre buscaba.
Juan. Qué es, señor, lo que mandais?
que presumo que descansa.
Ric. Señor Don Juan, he pensado
que notan en esta casa,
que hablé á esta Esclava vuestra,
porque la malicia humana
siempre piensa lo peor,
y que con esto se cansa
de mí el Señor Don Fernando;
y es, que si con ella hablaba,
era para reducirla
por bien, ó por amenazas,
que ante la Justicia diga
los dias que ha que me falta;
porque un dia me la hurtó
un Soldado, que engañada
con casamiento y amores
la embarcó, y la traxo á España.
Ella, porque acaso os mira,
niega, mas no importa nada,
que la verdad siempre vence.
Juan. Y muchas veces se engañan
los ojos, y puede ser
que se parezca esta Esclava
á la que os llevó el Soldado.
Ric. El nombre, el rostro y la habla
la ha de tener sin ser ella?
Yo bien pudiera sacarla,
como lo haré, sin dinero,
probando que es prenda hurtada;
pero por estar aquí,
y respetar vuestra casa,
daré el precio que costó.
Juan. Vuesa merced su probanza
haga

haga por allá, y no crea,
que toda la plata Indiana
será de Bárbara precio;
y en esto pocas palabras,
porque siento que me burlen.
Ric. Todo lo que aquí se trata
es tan de veras, que presto
os lo dirá la probanza,
remitiendo á la Justicia
lo que no es justo á la espada. *Vanse.*
Pedro. Hay semejante maldad!
Juan. Mi paciencia ha sido tanta,
porque he pensado, y es justo,
que como los años pasan,
pensará este Caballero,
que esta es Bárbara su Esclava,
por el nombre, y por si acaso
tendrá alguna semejanza
con la que en Indias tenia.
Pedro. Esa habrá sido la causa
de hablarla, y de darte zelos.
Juan. Confieso que me los daba,
como Serafina á Elena:
mas dime, qué haré? *Pedro.* Quitarla
este necio pensamiento
de que con ella te casas.
Juan. Cómo? *Pedro.* Hablando, regalando
y jurando, que si hablas,
juras y regalas, no es
mar, monte, ni Tigre Hircana,
sino muger tierna y sola,
que oye, mira, entiende y ama.
Juan. Qué desdichados amores!
quando esto en Grecia pasara,
no era mucho; pero es mucho
entre Sevilla y Triana:
temo su honor y su vida.
Sale Fabio.
Fab. Si albricias, señor, me mandas,
sabrás las mejores nuevas,
que puede esperar tu casa.
Juan. Yo te las mando. *Fab.* Han de ser
las que de tu mano aguardan
mi servicio y mi deseo.
Juan. Dí presto. *Fab.* Vino la plata:
pudo ser mas presto? *Juan.* No:
hay cartas? *Fab.* Traxo la carta
Leonardo, y por las albricias,
á Serafina su hermana
tu padre un diamante envia,
y allá no sé qué se tratan
los dos. *Juan.* Quién llevó el diamante?
Fab. Bárbara. *Pedro.* De toda España
será esta plata el remedio;
suplirá, señor, las faltas
de las pasadas fortunas.
Fab. Las albricias que me mandas,
no te han de costar dinero.
Juan. Qué quieres? *Fab.* Solo que vayas,
y le pidas á señor::-
Juan. Dí lo demas, qué te paras?
Fab. Que con Bárbara me case,
porque es India, aunque Esclava,
de gente muy principal.
Juan. Pedro, solo esto faltaba.
Pedro. Si quiere lo que tú quieres,
milagros son de su cara.
Juan. Hasla hablado? *Fab.* Ayer la hablé,
y se puso como un nacar.
Juan. Ahora bien, á hablarla voy.
Fab. Vivas mas, por merced tanta,
que un bando en Ciudad pequeña.
Juan. Hoy se juntan mis desgracias:
qué habrá que no me persiga! *Vase.*
Pedro. Brava muger, Fabio. *Fab.* Brava.
Pedro. Tuya pienso que será,
aunque el casamiento amansa. *Vanse.*
Salen Elena, Serafina y Finea.
Seraf. Aquella ropa, Finea,
á Bárbara la darás,
y á tu señor le dirás,
que el rico diamante emplea
en sola mi voluntad.
Elena. Y en vuestro merecimiento,
que aun le juzgo atrevimiento,
si valiera una Ciudad.
Seraf. Ya, Bárbara, no me vés?
soliamos ser amigas.
Elena. Ay señora! no lo digas
por tu vida, que despues
que vino á casa Don Juan
mi señor, no tengo un punto
de descanso, porque junto
todo el trabajo me dan.
Piensas que la hacienda es poca?
todo es labar, jabonar
y almidonar: no hay lugar
para ponerme una toca.

Seraf. Pues no te se echa de ver:
envidia tengo á tu aseo.
Elena. Antes si os veis, como os veo,
de vos la podeis tener,
que si ya por él no fuera,
veros fuera mi placer;
pero cómo os puedo ver,
si nunca veros quisiera?
Seraf. Eso que te cansa á ti,
tuviera yo por regalo.
Elena. Pues es para mí tan malo,
que vivo fuera de mí.
Seraf. Yo como quiero á Don Juan,
solo servirle deseo.
Elena. Yo tambien, mas siempre veo,
que pesadumbres me dan.
Seraf. Pocas tendrás, que ya está
mi casamiento tratado;
porque se ha desengañado
Don Fernando de que ya
es imposible volver
al hábito que solia.
Elena. Deseando estoy el dia,
que Don Juan tenga muger,
para pedir libertad.
Seraf. Tú la tendrás si yo puedo.
Elena. Si vos os casais, ya quedo
libre: ay si fuese verdad!
Seraf. Ruégalo, Bárbara, á Dios,
que aunque yo no lo merezca,
siempre que ocasion se ofrezca
de que esteis juntos los dos,
dile alabanzas de mí.
Elena Y cómo que las diré?
Seraf Un vestido te daré.
Elena. Como eso espero de ti.
Seraf. Enamórale, que puede
mucho una buena tercera.
Elena Puesto que no lo estuviera,
tengo de hacer lo que quede.
Seraf. Pues abrázame, y á Dios.
Elena. El os guarde, reyna mia. *Abrázala*
Seraf. Ay! llegue, Bárbara, el dia,
que estemos así los dos. *Vanse.*
Elen. Cansóse la fortuna en perseguirme,
que ya no tiene mayor mal q̃ hacerme:
qué necia he sido yo, por muger firme!
qué puedo ya perder, sino perderme?
Vamos adonde salga á recibirme
aquel traidor, que acaba de venderme,
que fundado en el gusto de engañarme,
por matarme, no acaba de matarme.
Entrando voy por esta casa ahora,
como quien sube pasos á la muerte,
y apénas tiene ya de vida un hora,
y en esa voy, dulce enemigo, á verte.
Este hierro de amor, que el amor dora,
esta crueldad de mi fineza advierte,
este será blason para mi nombre, (bre.
q̃ ha de informar la ingratitud de un hó-
Salen Don Juan y Pedro.
Juan. Muestra ese espejo.
Pedro. A qué efecto,
si está aquí Elena, señor?
Juan. Con la tapa del rigor
no será el cristal perfecto.
Pedro. Criados hay por aquí,
mirad los dos como hablais,
que zelosos no mirais
en que os miren. *Juan.* Es así:
llega, y ponme la balona.
Elena. No quiero.
Juan. Qué buena Esclava!
Elena. Quando lo fuera, no estaba
obligada mi persona
á llegaros á la cara;
eso es de propia muger:
llamad la que lo ha de ser,
que á mí me cuesta muy cara.
Juan. Huélgome de que lo niegues,
pues quedo, como es razon,
libre de la obligacion.
Elena. Que la escritura me entregues
aguardo. *Juan.* Quál escritura?
Elena. Esa de tu casamiento,
porque es el apartamiento,
que mi libertad procura.
Juan. No sino la que Ricardo
dice que tiene de ti.
Elena. Qué Ricardo? *Juan.* Vino aquí
ese tu amante gallardo,
y dice, que eres su Esclava,
y que un Soldado te hurtó;
esto bien lo entiendo yo.
Elena. Pues no, si tan claro estaba!
Juan. Y cómo, si es invencion,
que entre los dos se ha tratado,
para irte, sin cuidado
de

de mi padre y tu opinion?
Elena. Quando yo me quiera ir,
adónde me han de buscar?
Juan. Pues yo me quiero vengar,
que sé amar y no fingir:
llega, llega. *Elena.* Sí llegara,
si en cada mano tuviera
cinco puñales. *Pedro.* Hiciera
rallo tu cara. *Juan.* Repara
en la crueldad con que vienes.
Elena. Qué importa que te quitara
la cara, pues te dexara
una de las dos que tienes?
Pedro. Esta amistad quiero hacer.
Elena. Con este principio. *Dale.*
Pedro. Dióme.
Elena. Eso el alcahuete tome,
miéntras que le vuelvo á ver.
Sale Don Fernando.
Fern. Qué es esto, Bárbara? *Elen.* Ha dado
Pedro en requebrarme.
Fern. Ha hecho
muy bien. *Pedro.* Estoyme burlando.
Elena. Conmigo se burla el necio?
Fern. Don Juan, pues ya estás vestido,
esta mañana vinieron
Leonardo y el Escribano;
entra, por tu vida, adentro,
firmarémos la escritura,
que los suyos, y mis deudos
han ido por Serafina
tu muger; porque sabiendo,
que fué por quien has dexado
aquel intento primero,
como ella misma me ha dicho,
y que siendo tu deseo,
no tuve que preguntarte,
hicimos nuestro concierto,
con el secreto que es justo;
en fin, te casas sin suegro,
y con veinte mil ducados.
Juan. Ahora, señor, tan presto?
mirémoslo mas de espacio.
Fern. Por Dios, D. Juan, que no entiendo
tu condicion; ni casado
ni Clérigo? *Juan.* Yo no puedo
dexar de ser obediente;
pero digo, que pensemos
si acertamos mas de espacio.
Fern. Sí acertamos, majadero?
mereceis vos descalzar
á Serafina? qué es esto?
dexais cinco mil ducados
por ella, y ahora, necio,
quereis quitarme el juicio?
entrad dentro. *Juan.* Voy: ay Pedro!
quédate aquí con Elena. *Vase.*
Pedro. Hablando de Elena quedo.
Fern. Ea, Bárbara, esta casa
me poned como un espejo,
aderezad ese estrado:
tristeza? pues qué tenemos?
qué cara es esa? no hablais?
Dias ha, perra, que os veo
muy triste y muy entonada:
Vos pensais, que no os entiendo?
érades ya la señora,
y con este casamiento
os pesa que Serafina
á esta casa venga á serlo,
que desde que se trató,
andais que es vergüenza veros.
Estábades enseñada
á hombre solo; pues poneos
de lado, que tengo nuera,
que ha de tener el gobierno,
y las llaves de mi casa.
Qué te parece á ti, Pedro,
de esta Esclava? *Pedro.* Señor,
tiene poco entendimiento:
la mejor, quando se emperra,
tiene estos reveses. *Fern.* Creo,
que la habremos de vender. *Vase.*
Elena. Adónde habrá sufrimiento *ap.*
para tan grandes fortunas?
ya no me bastaba, Cielos,
perder honra y opinion,
sino pasar por desprecios
de Esclava, como si fuera
verdad que lo soy! mas pienso
que siempre lo fuí, y el hombre
que me ha perdido, es mi dueño.
Pedro, sabes tú quien soy?
Pedro. Qué dices? *Elena.* En algun sueño,
pensé que era de Triana
una muger que traxeron
de México allí sus padres:
su nombre, si bien me acuerdo,
era

era Doña Elena. *Pedro.* Mira
que este triste pensamiento
te vuelve loca; no eres
Esclava, que amor te ha hecho
herrar el rostro. *Elena.* Es verdad:
si, bien dices, amor tengo;
pero sin duda soy yo;
sábeslo, Pedro, de cierto?
Pedro. Pues no? y como que lo sé;
y que el hierro que te has puesto,
te agradece mi señor,
porque han mentido los zelos,
si te dicen que pretende
ese injusto casamiento
de Serafina. *Elena.* Ha traidor,
fementido, infame, perro;
yo te quitaré la vida,
que como fuiste el tercero
de sus amores, me engañas.
Pedro. Señora, envayna los dedos,
que me has deshecho la cara:
que se le antoje el pescuezo
á una preñada, está bien
muerda, pero no con zelos.
Salen Leonardo, Serafina y Finea.
Leon. Si habrá venido el Notario?
Finea. Aquí están Bárbara y Pedro,
Seraf. Pero dónde está Don Juan?
Pedro. Pienso que están allá dentro,
él, su padre y el Notario.
Seraf. Bárbara, no me hablas? *Elen.* Vengo
á aderezar los estrados,
y componer los asientos
para los Jueces, que hoy
han de sentenciar mi pleyto.
Salen D. Juan. D. Fernando, y el Notario.
Not. Solo resta que firmeis,
pues ya vino esta señora.
Fern. Mi Serafina, en buen hora
esta vuestra casa honreis.
Elena. Que pueda yo estar aquí!
qué perdon del Rey espero,
si llega el cordel primero?
Seraf. Señor, hoy teneis en mí
una Esclava en vuestra casa.
Elena. Pues si ya Esclava teneis,
para qué á mí me quereis?
Pedro Calla, hasta ver lo que pasa.
Elena. Cómo puedo yo callar?
Pedro. Tú lo has de echar á perder
Elena. Pues qué me falta que hacer,
sino dexarlos casar?
Fern. Pedro, qué dice esa Esclava?
Pedro. No sé qué pasion la dió
de unos berros que cenó,
si acaso en ellos estaba,
qual suele, algun amapelo.
Fern. Pues calle, ó llévala allá.
Not. Sabed, señores, que está
la execucion, quiera el Cielo,
hecha por esta escritura,
concierto de voluntad
de entrambos. *Elena.* Hay tal maldad!
Pedro. Calla, sufre, ten cordura;
no ves que la están leyendo,
y que la quieren firmar?
Elena. Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo?
Pedro. Desde una reja miraba
un Canónigo en Toledo
una mula, que sin miedo
de una peña en otra daba
para despeñarse al rio;
dábanse prisa al salir,
y él, sin cesar de reir,
daba en aquel desvarío
hasta verla despeñar:
pero viendo como un rayo
ir tras ella su Lacayo,
volvió el placer en pesar,
sabiendo que era la suya:
y puesto, Elena, que sea
comparacion baxa y fea
para la desgracia tuya,
parece que está Don Juan
viéndote andar por las peñas,
y que ha visto por las señas,
que ya mis ojos le dan,
aunque el dolor disimula,
para dar voces dispuesto,
señores, acudan presto,
que se despeña mi mula.
Elena. Pues ya me ha desconocido,
él me dexará caer.
Pedro. Ya acabáron de leer.
Elena. Yo he de perder el sentido.
Not. Con este podeis firmar.
Quítale la escritura Elena, y la rompe.

Elena.

Elena. Mas yo firmaré por él,
que con rasgar el papel,
me acabo de despeñar.
Fern. Suelta la escritura, loca.
Elena. Pues suélteme él á mí,
por quien el seso perdí.
Fern. A qué dolor me provoca!
Juan. Temblando estoy! si diré *ap.*
quién es? *Not.* Toda la rompió.
Fern. Llevadla de aquí. *Elena.* Si yo
soy loca, la culpa fué
ese traidor, que me ha dado
la causa porque lo estoy.
Sale Fabio. Esperad, que á decir voy,
señores, que habeis entrado.
Fern. Qué es eso, Fabio?
Fab. Aquí están,
señor, con un mandamiento,
para que se deposite
esta Esclava. *Fern.* Entre su dueño,
sin los que vienen con él,
que este no es dia de pleytos,
y es mucha descortesía.
Salen Ricardo y Florencio.
Ric. Yo vine aquí, no sabiendo
esta ocupacion, señores,
y que perdoneis os ruego,
que yo volveré otro dia.
Elena. Para qué, si desde luego
digo, que mi dueño sois,
y que como á tal os quiero?
Ea, vámonos de aquí,
que quanto decís confieso;
que si negaba ser vuestra,
fué la causa el amor ciego
que en esta casa tenia,
pero ya conozco el vuestro:
ea, qué hacemos aquí?
Ric. Pues para que no entren dentro
los que han venido conmigo,
guardando el justo respeto,
dadme, señores, licencia,
para que como su dueño,
lleve esta Esclava á mi casa.
Juan. No pienso yo, Caballero,
que basta para llevarla,
que ella con el mucho exceso
de la locura en que ha dado,
diga que es vuestra. *Fern.* Sin esto,
son quatrocientos escudos
los que han de venir primero,
que la saquen de esta casa.
Ric. Si me la hurtáron, no tengo
obligacion de pagarla:
pésame de haberos puesto
demanda en esta ocasion;
pero esto tiene remedio,
depositándola en tanto
que averiguamos el pleyto.
Juan. Qué depósito mejor
se le puede dar, que el nuestro?
Ric. Eso no, mas por los dos
la tendrá el señor Florencio.
Elena. Para qué, si yo soy vuestra,
y lo digo y lo confieso?
Si en el dinero consiste,
vengan á contarlo luego;
porque de la misma suerte
allí en escudos lo tengo,
como lo dió Don Fernando.
Juan. Dexádmela hablar primero:
oye aparte. *Elena.* Qué me quieres?
Juan. Elena, aunque estás sin seso,
no igualas á mi locura;
porque entre tantos extremos
de confusion divertido,
solo en pensar me detengo,
como, guardando tu honor,
podemos hallar un medio,
para que lleguen al fin
tu esperanza y mi deseo.
Elena. O qué gracioso Letrado!
preguntadle el cuento á Pedro
del Canónigo, y su mula,
que estais muy de espacio, viendo
que voy al profundo pico
de la ingratitud que veo
en vuestra crueldad, Don Juan,
de peña en peña cayendo.
Ea, vámonos de aquí;
Ricardo ha de ser mi dueño,
yo le daré posesion
de mi alma y de mi pecho.
Y tú, perro fementido,
quedarás trocando el hierro,
por infamia de los hombres:
cobarde, vil Caballero,
mal parecido á tu padre,

sino á quien::- *Juan.* Tente.
Elena. No quiero.
Juan. Tente, luz de aquestos ojos,
mi bien, tente. *Fern.* Qué es aquello?
ojos y bien á una Esclava?
Ric. Vamos, Bárbara. *Juan.* Teneos,
que os engaña el parecerse
á quien pensais. *Ric.* Lo que pienso
es, que aquella Esclava es mia.
Juan. Mirad si el engaño es cierto,
pues es mi muger.
Fern. Quién? *Elena.* Yo.
Fern. Muger una Esclava, perro?
nunca viniera á mi casa.
Llevadla, señor, os ruego,
llevadla, que yo os perdono
los escudos. *Elena.* Paso, quedo,
que soy mejor que Don Juan,
que por agradecimiento
de que dexase por mí
Dignidad, padres y deudos,
sabiendo que vos airado,
por venganza ó por desprecio,
queriades adoptar
por hijo y por heredero
de vuestra hacienda á un Esclavo
(desesperado consejo!)
hice que un criado mio
me vendiese, que este hierro
es fingido, como veis, *Quítaselo.*
pues me lo quito tan presto.
Es Doña Elena mi nombre,
vivo en Triana; no es tiempo
de cansar con relaciones,
disculpo á este Caballero,
que me tuvo por su Esclava;
y á esta señora la dexo
á Don Juan, porque es muy justo,
con que á Triana me vuelvo,
contenta de que ya he sido,
para ser valiente hecho,
Esclava de su Galan.
Seraf. La accion que á casarme tengo,
señora, os doy por hazaña
de tanto valor. *Fern.* Suspenso
de lo que mirando estoy,
digo, que á Don Juan le ruego
la dé la mano y los brazos;
porque tan bizarros hechos
merecen premios mayores.
Pedro. Señores, oigan á Pedro.
Juan. Qué quieres decir?
Pedro. Que aquí,
Senado ilustre y discreto,
la Esclava de su Galan
dá fin; perdonad sus yerros.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Año 1765.